

HOMERO BIMBO

CUENTO CON EVITA




EduLP

cuento

CUENTO CON EVITA

CUENTO CON ÉVITA

HOMERO BIMBO



Bimbo, Homero
Cuento con Evita / Homero Bimbo. - 1a ed - La Plata : EDULP,
2024.

110 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-6568-37-3

1. Cuentos. 2. Literatura. I. Título.
CDD A863

CUENTO CON EVITA

HOMERO BIMBO

Equipo EDULP

Corrección

Marcos Bruzzoni

Diseño e ilustración

María Reboredo @mar.dcv



48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2024

ISBN 978-631-6568-37-3

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2024 - Edulp

Agradecimientos

A Evita por regalarme la esperanza de que la Justicia Social es posible

A mi madre, mi abuelo y a mi padrastro que supieron legarme tanto amor por Evita.

A mi esposo, Daniel, y a mi hija, Luz, escuchas pacientes y amorosos de mis historias, gracias por caminar conmigo.

A Yessi, Gime, y Noni, lectoras de prueba, cuyas sugerencias fueron invaluable y por haber puesto el cuerpo a mis textos.

A mi hermana Tata por legarme el amor por las historias.

A Loty, Dai y Darío porque también escribo para ellos.

A Facundo y Marcos de EDULP por la confianza y la calidez.

A Naty Ferrante, que sabe de tejer puentes.

A Florencia Saintout, que con inmensa generosidad confía en mi arte y lo cobija (como hace con el trabajo de cada artista bonaerense que cruza por su camino).

Índice

| | |
|---------------------------|----|
| Prólogo | |
| <i>Florencia Saintout</i> | 6 |
| El cuadro | 8 |
| Viaje | 16 |
| El medallón | 24 |
| Mechón | 33 |
| El plato | 43 |
| Tinolita | 52 |
| Mellizos | 61 |
| Una canción | 74 |
| Apéndice: La Descamisada | 75 |

Prólogo

Evita, María Eva, Santa, rebelde. Admirada y odiada. Hay tantas Evitas posibles como relatos escritos. ¿Cuántos más necesita la historia para canonizar? Todos los que sean necesarios. Evita fue la figura emblemática de los descamisados, de las mujeres, de las minorías, del pueblo.

Su foto, enmarcada o en portaretratos, ocupaba un lugar importante en las cocinas o en los comedores diarios de todas las casas de los trabajadores. Supo acompañar, desde la empatía, a los más necesitados. Evita comprendía el sufrimiento de los pobres y estaba a su lado con humana dulzura y firmeza política. Su vida, su tiempo, su cuerpo entero lo dedicó a defender a sus descamisados y pelear por sus derechos. En estos relatos, los personajes son el pueblo. Sus preocupaciones, sus gestos, el recuerdo de un encuentro que los marcó para siempre o una venganza poética que se pagó con la vida dan testimonio de una relación íntima, siempre distinta y también poderosa, con esa mujer que les devolvió la dignidad.

“Lo que se guarda en el corazón se vuelve eterno, indestructible”, reflexiona uno de los personajes del cuento “El plato”, y no podría ser más certero, porque la voz de Evita “aún quema en el viento y su sueño grita en el pecho”, como dice la canción que Homero Bimbo nos regala al final de este libro.

Florencia Saintout

Presidenta de Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires



El cuadro

Mamá había colgado ese cuadro en medio del comedor, justo en la pared que se veía desde la cocina. La mujer, que en aquella reproducción nos seguía con la mirada, tenía una sonrisa etérea y un vestido vaporoso en tonos rosados. Esta señora, impresa en el retrato, se hallaba rodeada por un contingente de niños felices.

Una profunda grieta atravesaba el muro, comenzando debajo de la viga que sostenía el cielorraso y culminando detrás de la imagen. Para mi imaginación de niño era ella, con su peinado recogido en un rodete y su porte de hada, la que evitaba que nuestra casa se desmoronara.

Papá llegaría pronto de la fábrica, mamá cocinaba a prisa. Le había dedicado mucho tiempo a las tareas de mi hermano que, aun estando en primer grado superior, no había logrado aprender a leer de corrido.

—Como los dedos que forman la mano. ¡Vamos, Ernesto! Hacelo conmigo —mamá ya repetía el texto del libro de lectura de memoria. Pero Ernesto, por más que se concentraba y achinaba los ojos, no lograba agilizar la lectura.

—Como las gotas que forman el mar.

A mi hermano sólo le interesaba jugar a la pelota. Seguramente su cabeza era, en ese momento, el estadio de River Plate, donde Grillo les gambeteaba el primer gol a los ingleses.

Mamá insistía: —Sean hermanos que vivan contentos.

—Ma, no te preocupes. Aunque me cueste leer yo voy a ser el mejor puntero derecho, como Micheli.

—Si no aprendés esta lección para mañana, te voy a sacar la pelota por una semana.

Ernesto apoyó la frente contra su puño y, sentado, comenzó a balancear los pies, mientras retomaba la recitación: —Que vi... vivan con... ten... tos. Contentos, porque hay tra... hay trabajo y jus... justí... justicia so... so... so...

Mamá completaba la frase, con ternura, mientras le regalaba una sonrisa a la señora del cuadro: —Justicia social, Ernesto. Justicia social.

A mí, por el contrario, no debían ayudarme con las tareas escolares de segundo grado que me había dado la maestra hospitalaria. Desde que me atacara esa tos, repentina y continua, desde que el dolor en el pecho se había hecho más intenso, lo único que podía hacer era leer. La fatiga me impedía jugar al fútbol y hacía ya varios meses que no asistía a la escuela. Aun así, los Reyes Magos y el Presidente Perón me regalaron cuatro libros estupendos de Julio Verne: “Un capitán de quince años”, “Veinte mil leguas de viaje submarino”, “La vuelta al mundo en ochenta días” y, mi favorito, “Viaje al centro de la tierra”. Ya los había terminado. Y, estaba relejendo este último.

—Mamá. ¿Qué es la justicia social?

Ernesto no prestaba atención en clase y preguntaba algo que todos sabíamos a pie juntillas. Decidí levantar la vista del libro dejando a los protagonistas inmóviles en el bosque de hongos, para responderle antes de que mamá refunfuñase:

—Ernesto no seas sonso. Justicia social es que no haya pobres que sufran, ni ricos que los hagan sufrir.

—¡Mamá! ¡Domingo me dijo sonso!

—Basta de peleas. Ernesto terminó tu tarea. Domingo no molestes a tu hermano—. Mamá metió el cucharón en la olla y el aroma a puchero invadió el aire húmedo de la casa en esa tardecita de primavera.

Papá abría la puerta y Ernesto corrió a sus brazos para hamacarse en su cuello fornido y empastado de grasa de automóviles.

Mi padre siempre simulaba que el envión de Ernesto, por poco, lo derribaba. Pero era un hombre demasiado corpulento para ser tumbado por un niño.

A continuación, se acercaba a mi cama. Mamá la había colocado en el comedor cerca del baño, justo debajo del cuadro, porque yo ya

no podía moverme demasiado. Había perdido mucho peso y los sudores nocturnos hacían que necesitase de paños fríos sobre mi frente casi continuamente.

Amaba que mi padre pasara su inmensa y callosa mano, de regordetes dedos, sobre mi pelo, ensortijándolo. Mamá rezongaba: —Víctor, dejá de despeinar a Domingo.

Papá se apuraba a besar a mamá. Un beso corto, pero en el que ambos cerraban los ojos e inspiraban, como si el amor oliese a puchero y a pan casero.

Las noches en casa se sentían como navidad.

Antes de que enfermase, nos íbamos de vacaciones a Chapadmalal. Recuerdo que, cuando yo tenía cinco años y Ernesto cuatro, conocimos por primera vez el mar. Creo que esa vez mamá y papá también lo vieron por primera vez. Permanecimos los cuatro, mucho tiempo, tomados de las manos, frente a la vastedad azul, mientras la espuma barrenaba dulcemente la arena bajo nuestros pies.

Aún tengo presente en mi memoria que, aquella vez, mamá me abrazó y dejó caer sobre mis mejillas un par de lágrimas saladas, ella dijo que eran lágrimas de felicidad. El mar sabe a la felicidad de mamá.

Mi infancia era dichosa.

Papá solía contarnos que no siempre había sido así. Que, en otros tiempos, no tan lejanos, las familias de los trabajadores no podían tomarse vacaciones, que no tenían una casa propia, ni siquiera comida diaria. Que, por más que trajinasen, durante largas jornadas, a veces, pasaban hambre. Que los ancianos no disfrutaban de sus últimos años y que muchos niños no podían jugar ni estudiar porque debían trabajar. Y que, para que esto no volviese a repetirse jamás, él había vuelto a apoyar a Perón.

Mamá, entonces, se incorporaba, secaba sus manos en el delantal y acercándose al cuadro de la señora, besaba su propia palma y la hacía descansar, con delicadeza, sobre el rostro de aquella. En ese instante rompía en llanto, pero creo que este no era de felicidad, porque su respiración se entrecortaba en sollozos.

Papá se acercaba con solemnidad, como si respetase la sacralidad de aquel momento. Posaba su mentón sobre el hombro de mamá y ambos regresaban a la mesa fundidos en un litúrgico abrazo.

Ernesto y yo nos manteníamos en silencio. No nos atrevíamos a indagar la naturaleza de aquella tristeza.

Una noche en la cual mamá tuvo que mantenerse a mi lado, apagando con compresas frías el ardor de la fiebre, le musité una pregunta que tenía atorada en la garganta hacía varias semanas: —Ma. ¿Crees que la señora esté junto a Dios, en el cielo?

Mamá observó la fotografía por largo rato.

Al fin tomó mi mano y me dijo: —No lo sé. No estoy segura de que ella se encuentre cómoda en el cielo de un Dios de iglesias doradas, ambiciosos cardenales y familias aristocráticas. Tampoco sé si las puertas de ese paraíso se abren para los humildes.

Recordé las clases de catecismo y me pareció que mamá tenía razón. El padre Alfonso era cruel. Solía pegarle en las manos con una regla larga a aquellos de mis compañeros que llevaban el pelo tizado, sin importarles que las estufas a leña de algunos hogares cubriesen de ceniza los cabellos de aquellos niños que dormían bajo su amparo en las gélidas mañanas de las barriadas populares. Pero, Alfonso era un cura muy dispuesto a pasar los fines de semana tomando el té y conversando amablemente con las damas de Recoleta.

Me concentré en la figura de aquella señora, en sus palmas expuestas, como invitándonos a un abrazo. —Y, ¿a dónde ha ido ella?

Mi mamá cobijó mi mano en el hueco de las suyas: —Ella se ha quedado aquí, con nosotros, sus cabecitas negras, esperando.

—¿Esperando qué cosa?

La voz de mamá se quebró: —Esperando que construyamos, de una vez por todas, la justicia social.

No pude seguir preguntando. Mamá se veía afectada. Hubiese querido saber a dónde iría yo si la enfermedad que me arrasaba ganaba, alguna vez, la batalla.

Transcurrieron varias semanas y los medicamentos que nos traía Rosa, la delegada de la unidad básica de nuestro barrio, ya no me hacían efecto. La tos me taladraba el pecho.

Rosa siempre nos acercaba, junto a la medicación, una pastafrola casera de membrillo y se quedaba conversando con mamá mientras

yo comía varias porciones sumergiéndolas, de a poco, en el café con leche. Ella sabía que me gustaba sobremanera la combinación de la masa cocida, embadurnada con el color granate del dulce y espolvoreada con abundante coco. Pero ese día yo no tenía hambre.

Para mamá, Rosa era una buena amiga. —Que flaco que está Domingo, Rita.

—Ya no sé qué más hacer. En el hospitalito me dicen que debo tener paciencia.

Rosa se incorporó con agilidad y rebuscó en el costurero de mamá hasta encontrar la tiza con la que marcaba la ropa. Cortó un pequeño trozo del papel madera con el que había envuelto la torta y garabateó en él un nombre y una dirección.

—Tomá. Andá a buscarlo de parte mía y que venga cuanto antes a ver al chico. Me debe varios favores.

Mamá se abrazó a Rosa. Un abrazo eterno. Ambas sollozaron. La amistad tiene el sabor a pastafrola casera y café con leche.

Yo no pude mantener la vigilia.

Cuando me espabilé, un simpático doctor de poblado bigote había venido a verme. Antes siempre nos acercábamos al hospital del barrio, pero ahora no tenía fuerzas siquiera para levantarme de la cama.

—Domingo, voy a escuchar tus pulmones con el estetoscopio. Necesito que inspires profundamente. Vas a sentir un poco de frío.

Pero no sentí nada. Me dolía todo el cuerpo y en cuanto intenté atrapar una bocanada de aire perdí el conocimiento.

Desperté con el brazo conectado, por un tubo, a una botella invertida colgada de una especie de perchero metálico. Papá me dijo que no lo tocara, que eso me ayudaría a mantenerme fuerte. El doctor les informó a mis padres de un tratamiento que se realizaba en las sierras de Córdoba. Papá aseguró que me llevarían allí, aunque tuviesen que vender la casa.

Al día siguiente, mamá se había sentado frente a la mesita de la cocina junto a Rosa, a escribir una carta para el señor Presidente. Lloraban en silencio mientras lo hacían, no logré saber si de tristeza o de felicidad. Quise creer que era de alegría, quizás ya estuviera recuperándome.

—Descansá Domingo —papá me regalaba la sonrisa más dulce que jamás vi dibujada en su rostro, generalmente adusto. Antes de cerrar los ojos posé mi mirada sobre la curva de los labios de la señora del cuadro.

No pude recuperar del todo la conciencia. Una voz lejana, mi madre, gritaba mi nombre y afirmaba que me amaba. Me rogaba una y otra vez que no me marchara. Al fin mis sentidos se desvanecieron por completo.

La oscuridad me envolvió unos instantes y, entonces, logré ver dos puertas.

Una altísima. Un portón de dos hojas decoradas con filigranas de oro. Un canto monotonal se deslizaba a través de ella. Personas elegantes, bien vestidas y pulcramente peinadas ingresaban por esta a un espacio amplio iluminado con una luz cansina, donde se sentaban a cantar letanías a santos cuyos nombres me resultaban irreconocibles. Se movían con desánimo y mantenían una postura rígida, impostada. Más que cantar musitaban, dormitaban, yo diría que se aburrían. Pensé que el cielo de los oligarcas era, en realidad, un tedioso y desesperante infierno.

La otra era un pequeño acceso de madera, similar a la puerta de mi casa.

Ingresé por esta última. Para mi sorpresa me recibió la señora del cuadro. Su rostro radiante y sus ojos vivaces me hicieron sentir reconfortado. Con una voz dulcemente cascada me dijo: —Bienvenido Domingo.

Detrás de ella miles de niños jugaban y corrían entre árboles frondosos, otros montaban hermosas bicicletas plateadas. Hombres y mujeres tomaban mate y se convidaban bizcochitos, tostadas con manteca, galletitas con dulce de leche y ¡pastafrola! Muchos descansaban en espaciosas reposeras mientras oían las milongas y los valeses más alegres en sus radios y el agua inquieta del mar iba y venía, danzando bajo sus pies.

—¿Dónde estoy?

—Mejor preguntame dónde no estás. Ya te has marchado de tu casa de infancia.

Aquella señora percibió la melancolía en mis ojos.

—Pero no te pongas triste. Mira, podrás ver a tu familia siempre que lo desees, hasta que vuelvan a encontrarse aquí.

Giré sobre mis talones y logré distinguir a mi madre apoyando la palma de su mano sobre nuestro rostro, el mío y el de la señora. Como si fuese yo mismo, ahora para ella, parte de aquella imagen que colgaba, debajo de la grieta, en la pared de mi casa.

La oí decir claramente: —Señora, protege a mi niño.

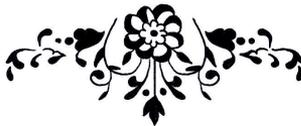
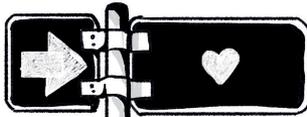
La mujer le respondió: —Así lo haré madrecita. Y vos, Rita, cuidá de mis descamisados.

Tuve la certeza de que, aunque no me reconociera en esa imagen, mamá podía escucharnos, en su corazón, desde el otro lado de la fotografía ya que, de inmediato, nos susurró una firme respuesta:

—Siempre, Evita, siempre.

—¿Ella puede oírnos? —le pregunté a la señora, que me regaló una reconfortante sonrisa. Pero no esperé que esta verbalizara una respuesta: —Mamita, mamita. ¿Sabés una cosa? El cielo tiene el aroma a nuestra casa. A nuestra casa peronista.

Mamá dejó caer un par de lágrimas, las mismas lágrimas que cuando conocimos el mar. Yo, giré y salí corriendo al encuentro de varios niños que ya me aguardaban para jugar a la pelota. El dolor y la debilidad, al fin, se habían ido. Quizás la Justicia Social, sin alguien, como la mujer del cuadro, que nos cobije y nos impulse a la lucha, sólo se alcance en este cielo peronista.



Viaje

Por amor inicié el viaje que me devolvería a vos.

Y es que, desde aquella vez en que nuestras infancias se cruzaron en el patio de la escuela, quedaste grabada a fuego en mi alma, entrelazada en la iridiscencia nacarada de los recuerdos de un Junín, ahora, tan distante.

Sos todo en mi memoria.

Tu ausencia se ha extendido como un océano tempestuoso que invade cada rincón de este provinciano pueblo mediterráneo y, que me ahoga, cada vez que la rutina me cruza con el viejo árbol debajo del cual reímos mil veces. Tu sonrisa escueta, misteriosa, una vía láctea en el cielo de tu rostro.

Las callecitas por donde solíamos caminar en los frescos atardeceres de verano vuelven a mí como escenas que, en tonos sepia y destellos rojizos, se proyectan en el interior de mis párpados cerrados.

Vos con tu vestido blanco poblado de flores azulinas, que te cubría las pantorrillas, y el cabello negro suelto, recién cortado hasta los hombros, cruzado de tenues brillos pardos bajo la luz de un sol que dormitaba en los lejanos trigales. Un horizonte que se abría inabarcable, inextinguible, pero que a vos te cercaba.

Nunca te agradó la forma de tus pantorrillas, decías que eran demasiado gruesas, y, para mí, eran delicadas columnas, talladas por el mismo Fidias, que dejabas asomar a contratiempo de mis furtivas miradas. Tampoco te gustaba tu cabello y, con frecuencia, interrumpías

tus palabras para rozarlo con esos delicados dedos, que aún recuerdo, coronados de un rojo carmín, como convexos pétalos de rosas.

Tuve la dicha de sentirte acariciando mi rostro, como una brisa desprendida de tus manos, la mañana en que me diste el primer y último beso. No alcancé a atesorar la felicidad de aquel ansiado segundo, ya estabas sentada en el asiento del vagón. El tren hizo sonar su silbato, los hierros crujieron en un metálico aullido mortecino. Y te alejaste.

Las vías serpenteantes te arrastraron hacia el cenit. Todo mi ser prendido en ese punto inalcanzable. Porque necesitabas hallarte. Y me perdí.

¿Me amaste?

Sólo sé que no amabas lo que eras aquí, en este pueblo recóndito, a mi lado. ¿Y yo qué podía ofrecerte? Siempre estuvimos sobrados de carencias. ¿Qué hubiera sido de tu vida si hubiésemos acoyuntado nuestras desgracias?

Me alegro, por momentos, de que te hayas ido, desafiando el destino de los parias, en lugar de quedarte a mi lado, cosechando penurias en este suelo yermo.

No pude seguirte, no me lo pediste, y nunca fui tan valiente, tan fuerte como vos. Quizás lo sabías y no deseabas escuchar un no como respuesta.

Y permanecí acá, con nuestra adolescencia a cuestas, y enmudecí las radios para no escucharte tan lejana, dando tus primeros pasos como actriz en esa cosmopolita Buenos Aires.

Lo único de lo que estoy seguro es que te amé, te amo, si acaso es posible amar sin ser correspondido.

Continué cargando con mi vida, solitario. Mis sueños muertos. El alma desmembrada, marchita. ¿Quién hubiera dicho que después de tantos años me embarcaría en este viaje que me llevó a reencontrarte?

Tu voz cascada, inconfundible, flotando por la plaza de nuestro pueblo, fue la que me arrancó de aquella pesadilla lúcida.

Allí estabas, desde las cuatro bocinas gritando tu encendida melodía. Entonces decidí buscarte. ¿Me recordarías? ¿Permanecería prendida a tu memoria nuestra historia mínima, que era, para mí, la vida entera?

El tren a Buenos Aires avanza lento. ¿Te encontraré en esa ciudad tan grande? ¿Podrás oír mi voz entre el bullicio de tanto pueblo?

El tren a Buenos Aires marcha lento, tan lento que mi mente ya ha llegado y mi cuerpo está atrapado, aún, en el camino.

Odio Buenos Aires, no la comprendo. ¿Acaso tampoco pude comprender tu alma poblada de indómitas esperanzas? La estación me recibe y me sumerge en un abrazo de hierro y vidrio, y yo apuro el paso para encontrarte. Pero aún debía aprender a nadar en aguas urbanas y, por eso, es que acabé perdido, arrastrado por su corriente de esquinas tormentosas. Una pequeña habitación en un conventillo frente al cementerio de la Chacarita fue el único alojamiento que pude pagar con el escaso dinero que poseía.

Te juro que mi propósito fue acercarme de inmediato hasta los lugares que frecuentabas, pero, una y otra vez me acosaban, como en una monótona letanía, la duda de tu reacción ante mi presencia y la inseguridad de verme tan sencillo, sin poder adquirir siquiera una chaqueta de botonadura doble y un pantalón sin dobladillo, como el que usan los caballeros elegantes en los figurines de las revistas de moda. Pero, lo que me angustiaba sobremanera era el hecho de que ya te habías casado con un hombre al que admirabas, con quien podías ser lo que amabas.

Pero ¿lo amabas? ¿Lo besabas con la misma pasión con la que me habías besado aquella madrugada en que me despediste y yo no logré arrancarte de mi historia?

Por casualidad, por los giros del destino, o quizás debido a mis afiebradas ansias de verte, tu imagen se me presentaba a cada paso. Junto a la taza del café de la mañana, que apuraba en el bar antes de dirigirme a la fábrica donde había conseguido un trabajo, o en las paredes de las casas. Tu mirada me obnubilaba. En los puestos de diarios la figura de tu perfil se dibujaba gloriosa, inalcanzable.

El trajinar de la multitud me invitaba mil veces a tu encuentro. Ese miércoles te coreaba la brisa del invierno agonizante. Todo olía a tu nombre. Dejarme llevar por esa marea hubiese sido fácil, pero sabía que a nada me conduciría.

Al fin pude adquirir un traje gris a medida, una corbata verde oliva y un impecable sombrero a tono. Entonces, con paso diligente, y varias gotas de perfume en el pañuelo con notas de lavanda y vainilla, me dirigí a la intersección de las calles Perú y avenida Roca, donde, dos veces por semana, solías asistir. Con anterioridad me había acercado hasta allí sólo para observarte descender de un Packard negro y ascender, como flotando, los exiguos escalones del Palacio Ayerza. Muchos te saludaban a tu paso, otros te reverenciaban casi con la misma intensidad con que lo hacía mi corazón desde los quince años. ¿Quién si no la amada caminaría con la elegancia de una reina y, al mismo tiempo, con la humildad de una muchacha de pueblo? ¿Quién si no un hada, sonreiría curvando sutilmente sus labios, mientras el color de sus ojos destellaba en carcajadas? No habías cambiado nada. Tu arrojo, tu ímpetu y tu osadía me dejaban inmóvil y, hasta entonces, no había podido acercarme.

Pero ahora, este día, parece una sonsera, mi traje nuevo me trastocaba en caballero de divina armadura. Le mencioné tu nombre a un hombre corpulento y de bigote ancho que guardaba el hall de ingreso. —La señora no vendrá hoy —ni siquiera alzó la mirada para responderme. Soltó aquella frase sin pensarla, como hacía con todo aquel que mencionara tu nombre.

—Sabe usted dónde puedo hallarla? —me observó, con un dejo de desdén, dibujando una maliciosa mueca en su boca, que se me antojó aún más pronunciada precedida por su poblado bigote entrecano.

—En la residencia, por supuesto. Pero no creo que lo reciban.

Lloré con desconsuelo mi persistente cobardía. Los estoicos árboles de Buenos Aires, desde las veredas, avergonzados, me negaban el reparo de sus ramas frondosas. Sentí en los huesos el frío abrazo del

viento. Quizás fuese el invierno, o la desesperación de no saber qué hacer de mí si no lograba hallarte.

Una dulce caricia sobre el hombro me rescató de aquel letargo. —¿Busca, usted a la señora?

Mi rostro debe haberse transfigurado en una incuestionable afirmación, porque esa diminuta mujer parada frente a mí, no me dio tiempo a responder. —Dígame usted su nombre y el motivo por el cual la busca. Quizás yo pueda hacerle llegar el recado y veremos que sucede—. Garabatee con prisa el número telefónico de la destartada pensión donde me alojaba para que llegara hasta tus manos. Aquella muchacha arrulló mi desaliento al recibir ese trozo de papel ajado y, con su sonrisa afable, me regaló una fugaz y cálida primavera.

Con esperanzas renovadas aguardé que alguien telefonara con algún mensaje para mí en tu nombre. Y dos veces a la semana, los días en que se comentaba que descendías hasta el lar de los mortales, acudía, enfundado en mi traje nuevo, hasta las puertas del Palacio Ayerza, como tantos otros que buscaban un poco de Tyche en tu toque. Pero nadie volvió a verte desplegando tanto sol entre la gente. ¿Dónde estabas? No imaginé, entonces, que Némesis te había coronado con su helado manto de angustias.

La matrona del conventillo se asomó a la puerta de mi cuarto, un mediodía cualquiera. —Hay alguien al teléfono para usted.

Todavía no me explico cómo llegué en menos de un segundo hasta sostener aquel aparato telefónico entre mis temblorosas manos. —Diga.

—Soy yo. ¿No me reconocés? —tu voz, el inconfundible color calloso de tu voz. ¡Mi corazón! No había tenido en cuenta antes que mi pecho no pudiera contener, alguna vez, a mi corazón.

—Vas a venir a verme mañana mismo a la residencia—. No sé qué más dijiste, no logro reencontrar nuestras palabras en el remolino acuoso de mis recuerdos. Sólo estoy seguro de que, antes de colgar, reímos.

El tiempo es caprichoso, relativo. Ese día tuvo la duración de un año, con sus estaciones concentradas en las horas que le restaban, y

sus meses en el lento transcurrir de los segundos. Pero todo llega, y al final de un largo insomnio, se desperezó con lentitud el alba.

Allí estaba yo, en el hall de ingreso de la quinta Unzué, aguardando el momento que le daría sentido a nuestro pasado, y que, quizás, definiría el resto de mi vida.

Quien salió a recibirme fue la pequeña mujer que me había visto llorar bajo la delgada sombra del ramaje de julio.

Ingresé a tu alcoba por una puerta de hojas dobles, blancas, con relieves dorados, quizás de estilo francés. Pero, ¿qué sé yo de estilos!

Allí estabas, recostada en una inmensa cama, con el torso levantado por un par de cojines blanquísimos como tu piel. Siempre fuiste extremadamente blanca. Decías que de niña te habías quemado y que, después de aquel accidente, tu cutis se había vuelto albo como la nieve. Pero esta vez tu palidez competía con el tono de tus cabellos, ahora rubios, recogidos en un elegante rodete sobre tu nuca. Tu cuello tan largo y delicado se me antojó infinito.

Te hallé en extremo delgada, tanto que parecías desvanecerte entre aquellos almohadones, cubierta por tu impoluto cubrecama.

—Pasá, pasá. ¡Mirá, que lindo que estás con ese traje gris! Si casi ni te reconozco sin la boina y el pantalón de campo. Yo estoy un poco achacada, pero esta debilidad no me va a impedir seguir laburando un tiempo más. Viste como soy. Lo único que me pone contenta, a pesar de estar tan hecha mierda, es que tengo las piernas más flacas—. Sonreí, siempre supiste como fastidiar a la desgracia.

—Vení, sentate aquí, a mi lado—. Me extendiste tu mano, tus uñas con una suave laca rojo carmín me daban la bienvenida a un pasado añorado desde hacía dieciocho años. Me acomodé a tus pies. Tu cuerpo casi imperceptible debajo del grueso acolchado. —Me estoy muriendo.

No dije nada.

—Tengo tanto por hacer y este cuerpo que me juega esta mala pasada.

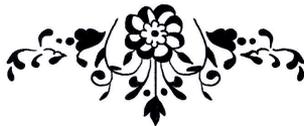
Salí de aquella habitación con el alma enredada en la angustia de lo ineludible. El destino me había arrancado el corazón con su filosa garra. Y dolía tanto, que la aflicción obnubilaba la certeza de que tu desenlace inexorable era necesario para que alcances la paz.

La diminuta mujer, que me acercó otra vez hasta tus ojos, me acompañaba, ahora, hasta la avenida Alvear, sin comprender que atrás quedaban mi vida entera y mis esperanzas. Me oyó llorar nuevamente. —¡Pero, habrase visto! No llore como niño lo que no ha sabido defender como hombre.

Intentó tranquilizarme. —No puedo demorarme más —me dijo—. La señora me ha pedido que le cambie el color de la laca de sus uñas. Deseaba que usted la encontrase con este rojo juvenil, pero no quiere que la gente la vea así en su velatorio. Prefiere algo más natural.

La angustia me aferró la garganta. —¡Pero hombre, deje de llorar! Si ella lo ha querido. ¿Más que a Perón? Le aseguro que nos ha amado a todos más que al General. ¡Cómo dudarlo, si dio la vida por nosotros!

Sonreí. Vos seguías invadiéndolo todo, mi memoria y la de tantos, cada rincón de nuestro mundo humilde, despreciado, descamisado. María Eva, Evita, mi Cholita, no fuiste sólo una muchacha de un pueblo bonaerense, fuiste, siempre, una mujer del universo.



El medallón

Lo que sentía Carlos era una opresión que ni la bota de su superior, sobre su pecho, lograba igualar. Desde pibe se había sentido así. Residiendo en una constante zona morada entre el celeste y el rosa. Él habitaba una piel que no era suya. “Él” era el pronombre que no hacía referencia a su persona.

Si nos adentráramos en el laberinto de su mente, comprenderíamos que no le estaba permitido mostrarse, florecer. La sociedad le repetía una y otra vez que debía mantener su esencia encadenada en la oscuridad. Pero ¿cómo se vive con el alma invertida? ¿Es posible andar por la vida con la personalidad al revés como si esta fuese un sweater puesto a los apurones?

Desde que ingresó al servicio militar, los abusos de sus compañeros y del teniente eran cotidianos.

Las burlas y los insultos le abofeteaban el rostro si dejaba escapar algún gesto “afeminado”. Los trabajos denigrantes, como limpiar la suela de los borcegués del oficial con su cepillo de dientes, eran habituales para alguien con sus “maneras”, así como el exceso de lagartijas hechas en el patio, en ropa interior durante las noches de invierno o los latigazos con toallas húmedas sobre su piel desnuda.

Carlos no lograba controlar su esencia, así como tampoco lograría respirar hundido en el fondo del mar. La tristeza lo ahogaba. Intentaba, por momentos, atrapar bocanadas de libertad, y era entonces que recibía una reprimenda, un azote, una nueva vejación.

Creó que dejaría de ser el centro de atención luego del bombardeo a Plaza de Mayo. Los ánimos estaban revueltos. Su unidad

había sido trasladada y acuartelada en el edificio construido para el funcionamiento de la fundación de ayuda social de esa mujer que hoy era innombrable.

Desde allí partían comandos civiles de la Acción Católica y efectivos militares para tomar cada una de las escuelas hogares, en cuyos patios, se destruían todos los símbolos peronistas, quemándose ante la presencia de los niños que en ellas residían, colchones, sábanas, frazadas, juguetes, libros y cualquier otro objeto que tuviese el logo de la fundación o la efigie de la mujer que la presidiera.

En este edificio de avenida Paseo Colón al ochocientos, se alojaron los artículos incautados que las brigadas no tenían tiempo de destruir durante las razias.

Uno de los muros interiores de aquella sede había sido vandalizado con un grafiti de unos dos metros de alto por otros tantos de ancho. “Viva el cáncer”, podía leerse en letra imprenta mayúscula color negro azabache. Carlos pensó que el odio dirigido hacia los peronistas obnubilaría la aversión de sus compañeros hacia su persona, y que sus “formas” dejarían de ser el blanco de la barbarie. Pero los anti pueblo son anti todo, y quienes lo rodeaban no desistieron de construirle un infierno cotidiano.

Carlos se hallaba lejos de la felicidad, siempre lo estuvo. Disfrutó de algunos atisbos de primavera en los escasos momentos en los que pudo elegir sin sentir sobre sus hombros la condena social. Como aquel día en que, mientras velaban a su madre, con escasos siete años, se probara su perfumado tapado de visón frente al espejo del dormitorio sin interrupciones. O la sensación de libertad que le brindaba, en su infancia, acunar a la muñeca que escondía en una caja de cartón bajo su cama, envuelta en una camiseta azul y oro.

Esa muñeca le había sido entregada por la innombrable, un día de reyes.

—Para vos la pelota—. Un hombre de delgado bigote y peinado a la gomina, con las mangas de su camisa arremangadas, metía la mano en una caja y le tendía una bola de cuero brillante. Carlos había llegado al escenario, montado en plena avenida Libertador, luego de hacer una fila

de varias horas y observar con ojos destellantes las hermosas muñecas rebosantes de encajes y puntillas que, sentadas en hilera, le sonreían.

—Yo quiero una muñeca—. Carlos sabía lo que deseaba.

—Las muñecas son para las niñas. Pero vos agarrá una pelota así mañana podés jugar un picadito con los chicos del barrio.

Carlos negó con la cabeza.

El hombre lo miró con desconcierto. —No puedo darte una muñeca. Es la pelota o nada.

Carlos no articuló palabra alguna. Tampoco dejó escapar sus lágrimas. Con nueve años ya se había acostumbrado al desprecio. Se mantuvo de pie, frente a aquel hombre que le extendía una pelota.

Una mujer de delgada sonrisa, de pelo recogido hacia atrás, en dos trenzas enroscadas, y envuelta en un fresco vestido a lunares se dirigió a aquel hombre.

—¿Qué pasa Alberto?

—Quiere una muñeca, señora. Ya le ofrecí una pelota, pero no la acepta. Le dije que es eso o nada.

La mujer observó a Carlos durante unos segundos eternos. Carlos no se inmutó. Se mantuvo firme, cual granadero en custodia. Ella se arrodilló y, con un gesto, silenció los fogonazos de las cámaras fotográficas que la acompañaban.

Sus gráciles dedos acomodaron el cuello de la camisa de Carlos, como intentando remediar un poco el desamparo que vestía. A Carlos se le antojó que ella era el hada que, como a Pinocho, llegaba para ofrecerle un corazón nuevo.

—Si elegís la pelota, vas a poder jugar con tus amigos. ¿No crees? ¿Quién querrá jugar con vos si te damos una muñeca?

Carlos la miró. No era la primera vez que alguien le hacía una pregunta, pero sí que aguardaran su respuesta. —Yo—contestó Carlos.

—Entiendo—. La mujer le sonrió mientras le acariciaba la tiznada mejilla con el pulgar. Se incorporó y, dirigiéndose al hombre, añadió.

—Será una muñeca—. Aquel obedeció y Carlos corrió a su casa con el tesoro tan deseado entre sus brazos.

Hoy ya no le quedaban ni la muñeca ni la firmeza para sostener la mirada. A la primera la había destrozado a golpes su padre contra su pequeña espalda el día que la descubrió entre sus brazos, a su mirada la habían apagado tantas burlas y humillaciones.

—¡El marica! —Sus compañeros de armas le gritaban nuevamente.

—Que sea el marica quien haga la guardia.

Todos se pusieron de acuerdo. Carlos tuvo que montar guardia esa noche en ese edificio que pronto se destinaría a la facultad de ingeniería mientras el resto de la unidad dormía en el primer piso. Los milicos temían que los peronistas intentasen ocuparlo.

Carlos recorrió las amplias oficinas, y los salones, iluminándose con la tenue luz de una linterna metálica de mano. El sonido de los pasos de Carlos se abría en ondas sobre la superficie silente de los pasillos.

Ascendió por las escaleras, que con altivez neoclásica se retorcían hacia el cielo raso, evitando detenerse en el primer piso donde sus compañeros descansaban en los brazos de Hipnos.

El segundo nivel era un sinfín de artículos confiscados a distintas instituciones peronistas, que no pudieron destruirse de inmediato, pero que aguardaban allí, amontonados, su funesto destino. Carteles de chapa con imágenes multicolores de trabajadores, niños y ancianos sonrientes, esculturas, insumos hospitalarios, cunas y calzados.

Carlos se acercó a estos últimos. Una mezcla variopinta de talles y modelos de zapatos negros de mujer, posiblemente fabricados para la escuela de enfermería y para las maestras, en color blanco o negro, con una pequeña plataforma en lugar de tacón o con taco bajo y grueso. El que más llamó la atención de Carlos fue el modelo court, clásico, oscuro, cerrado en el talón con correa a la altura del tobillo, de punta redondeada y tacón de altura media. Los buscó de su talla. Se quitó los borceguíes y las medias y se los probó, mientras un nudo en el pecho parecía asfixiarlo.

Se incorporó. Sintió un renacimiento. Esos centímetros debajo de cada pie eran las raíces que alimentaban su esencia. Se desnudó del uniforme y de la ropa interior. Su sangre bombeaba desde ese par de zapatos, la única prenda que vestía.

—¡Marica, degenerado! —Su mente le arrojaba, ahora, las mismas piedras con que la sociedad le lapidaba, frecuentemente, el alma.

—¡Marica, degenerado! ¿Quién será capaz de amarte así?

Carlos se mantuvo firme, sus piernas se le antojaban más fuertes que nunca. Acarició sus caderas, las percibió voluptuosas, sensuales. Recorrió su cintura, sus hombros, con éxtasis.

—¡Marica, degenerado! ¿Quién será capaz de amarte así?

Carlos se respondió en un susurro: —Yo.

Carlos, escondió los zapatos en un escalón hueco que daba acceso al segundo piso y retomó la guardia.

Mientras descendía por las escaleras volvió a leer ese ignominioso grafiti “Viva el cáncer”.

—A vos también te desprecian —le habló a aquella mujer, de pie, frente a aquel muro. —Será porque no supiste mantenerte sumisa. Porque habiendo nacido hembra quisiste ser como los hombres, por eso tanto odio. Es que ellos no pueden soportar lo que no se ajusta a su sistema—. Carlos recordó el dolor que le infligían a diario, las miradas de desprecio. —Saben que si cuestionamos sus normas ponemos en peligro sus privilegios. Nos temen. Creen que somos su cáncer—. Releyó aquella frase: —“Viva el cáncer”. Viva. ¡Vivas! Aunque no lo quieran, a pesar suyo, seguimos vivos.

Carlos sonrió. Una idea cruzó su espíritu, un plan para vengar tanto ultraje. Ya no sentía miedo, por el contrario, usaría el temor para burlarlos a todos.

Dos noches después, Carlos se deslizaba a hurtadillas desde el angosto camastro que ocupaba hasta el escondite donde guardara sus tacones para calzárselos y ascender hasta el segundo piso a taconear por las solitarias habitaciones.

Durante diez largos minutos recorrió Carlos uno de los amplios salones de la fundación. La plenitud de reencontrarse en ese andar encendía cada uno de sus músculos. El eco de sus pisadas rebotaba por el cuarto vacío como la monotonal letanía de un antiguo reloj.

El efecto fue el esperado.

Tuvo que abandonar enseguida su actividad, el grito de la guardia lo obligó a volver sigilosamente al dormitorio.

—¿Quién anda ahí?

Durante varias madrugadas, Carlos se embarcaba en sus misiones, alternando taconeos, con la construcción de altares con velas encendidas, flores y objetos grabados con la efigie de la innombrable, que recogiera de entre la montaña de artículos confiscados por los comandos.

No pasó mucho tiempo para que se corriera el rumor, entre los colimbas, que el espíritu de esa mujer había vuelto para vengar tanto odio dirigido hacia su pueblo y hacia su propio cuerpo que los golpistas habían secuestrado.

—La puta no deja de fastidiarnos ni aun estando muerta —le oyó decir a un teniente.

Los soldados tejían teorías sobre los fenómenos. Algunos sostenían que el cadáver de aquella mujer se hallaba oculto en el edificio y que por eso su fantasma los acosaba. Otros afirmaban que era natural que el espectro de la esposa del tirano recorriera su fundación.

Carlos persistía en sus paseos nocturnos, arriesgándose cada vez más. Entendía cómo ocultarse, lo había hecho toda su vida. Disfrutaba la corriente de adrenalina que le producía saber que el miedo ahora los acosaba a ellos.

Decidió dar un paso más y dejarse ver a medias por uno de los guardias. La puesta en escena debía ser perfecta.

Consiguió un tapado con un grueso medallón de metal ajustado a la solapa donde se hallaba grabado el perfil de esa mujer. Seguramente era parte de las donaciones para las jóvenes madres que buscaban amparo en los hogares de tránsito. Era un talle amplio por lo que le quedaba al cuerpo. Para provocar un efecto de peinado recogido en un rodete se colocó una funda de almohada, ajustada sobre su cabeza y anudada a la nuca. Por último, se calzó sus tacones. Observó su sombra proyectada en la pared y le pareció ver a aquella señora poderosa.

Oyó los pesados pasos del guardia ascendiendo por las escaleras. El golpe en cada uno de los escalones se oía cada vez con mayor intensidad. Carlos había colocado un par de velas encendidas sobre una

caja que, dispuestas de esa manera, iluminaban la pared del fondo del corredor del segundo piso.

Ni bien el guardia ingresó por el pasillo, Carlos se colocó delante del haz de luz logrando que su sombra se proyectase sobre el muro.

—Dios mío —gritó el soldado— Alto. —El miedo se percibía en las ondulaciones de su voz.

El guardia apuntaba hacia la silueta con mano temblorosa. Carlos permaneció inmóvil.

El estruendo del disparo, que dio en el pecho de Carlos, puso en alerta a toda la unidad.

* * *

—Era esa mujer. Lo juro.

El soldado lloraba mientras repetía esa frase una y otra vez.

—Le di, justo en el corazón, lo sé.

Inspeccionaron cada rincón del edificio sin hallar un cuerpo o una sola gota de sangre. Lo que afianzó el rumor de que el espectro habitaba el inmueble.

Los golpistas aceleraron las gestiones para deshacerse de la monumental construcción cediéndola, al fin, a la facultad de ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

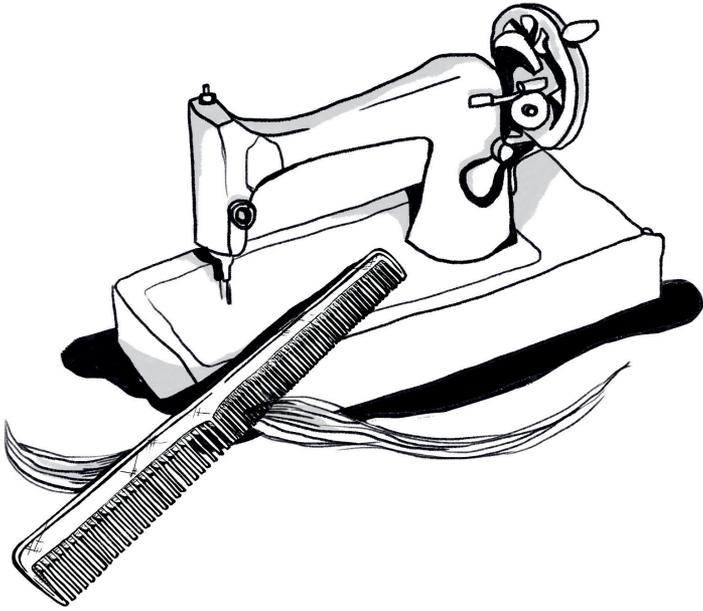
Como si pesara sobre ellos una maldición, se aseguraron de que dejaran de existir aquellos objetos que remitían a la innombrable, sobre todo esos que, saliendo de sus manos o su mente, se dirigieron a su plebe. Y así lo hicieron. Destruyeron todos los artículos confiscados, y los que no lograron destruir fueron arrojados al riachuelo junto a las esculturas monumentales, de mármol de Carrara, que decoraban, ubicadas sobre la metopa, la fachada del edificio.

Ningún artefacto se salvó del odio, o mejor dicho, del miedo a esa mujer, excepto una medalla. Aquel escudo de metal, ahora con una muesca provocada por el impacto de bala de un conscripto, que llevaría siempre consigo quien solía responder al nombre de Carlos.

Esa medalla con la efigie de la innumerable había protegido su corazón el día que casi murió para renacer con el valor de enfrentarse al mundo como la mujer que siempre había sido; aunque esto la llevara a la exclusión en esta sociedad opresora.

Carla, con un nombre nuevo, sabía ahora que si no se aferraba a su derecho a ser, a amar, su vida valía menos que aquel viejo medallón de metal con la efigie de esa mujer.

Es que, desde pequeña, la rompía en mil pedazos la necesidad de ser ella misma, y después de todo, aquella mujer poderosa ya se lo había dicho, en un susurro, mientras le acariciaba la mejilla y le entregaba su primer y única muñeca: —Si la necesitas, llevala. Aunque el mundo no te comprenda, no voy a negar que donde existe una necesidad, nace un derecho.



Mechón

Julio finalizó su trabajo. Peinó el cabello hacia atrás por última vez, con minuciosa prolijidad, rematándolo en un exquisito rodete trenzado donde reposaba la delgada nuca de esa mujer que parecía dormida.

Emilce observaba todo y sus brillantes ojos curiosos se agigantaban. El azabache de su mirada devoraba cada escena y las grababa en su memoria de seis años.

Julio no había notado la presencia de la niña. Arrasado por una tristeza inabarcable como el océano, secaba sus lágrimas con un pañuelo gris topo, mientras musitaba una oración para la señora.

Emilce aprovechó el descuido para arrancar un mechón enredado en el cepillo que ahora descansaba sobre la bandeja plateada. La obnubilaba el color dorado e impoluto de los cabellos que, como hilos de oro, brillaban al ser acariciados por los rayos del sol que ingresaban por el ventanal del segundo piso del edificio de la C.G.T., donde su madre la había llevado esa madrugada.

—No te muevas de aquí, Emilce. Por favor. Mamá va a subir este camión para la señora y enseguida vuelve. ¿Si, cariño? ¿Entiendes lo que digo?

Emilce había asentido con la cabeza. Pero no habían pasado ni cinco minutos desde que su madre desapareciera escaleras arriba, para que la niña las remontara hasta aquella habitación a la cual ingresó detrás del peinador, sin ser advertida.

Ahora, con aquel tesoro escondido en el hueco de sus manos, Emilce permanecía inmóvil en una esquina oscura del espacioso cuarto.

Julio, con solemnidad casi litúrgica, comenzó a guardar sus herramientas de trabajo. Observó el cuerpo detenido en el tiempo de la mujer que él consideraba una amiga, y sin mediar palabra se retiró cabizbajo pero con paso decidido.

Emilce se quedó sola junto a la mujer.

Esa presencia inerte no la atemorizaba. La señora siempre había sido dulce con ella. Le sonreía si la hallaba bailando en los jardines del palacio Unzué, o le regalaba una delicada caricia en el rostro cada vez que la encontraba jugando a las escondidas en algún armario de la residencia, donde vivía con su madre, que trabajaba arreglando y planchando los vestidos de la señora.

Emilce se acercó al cuerpo. Extendió su mano lentamente y retrocedió espantada. Estaba demasiado frío al tacto, como el mármol.

Enseguida, colocó el mechón de pelo en el bolsillo de la falda negra que su madre le había confeccionado para estrenarla aquella mañana. Se quitó el abrigo de lanilla que su abuela tejiera para ella y lo colocó sobre el pecho de la mujer.

—El frío es peligroso, Emilce —su abuela se lo repetía cada invierno. Emilce apreciaba a la señora y no deseaba que se resfríe.

Se abrió la puerta.

El Presidente ingresaba a la habitación acompañado de dos hombres. —¿Qué hacés acá, chiquita? —preguntó Perón.

—Vine a saludar a la señora, pero está dormida. Tiene frío.

El general le regaló una melancólica sonrisa. —Hiciste bien, a ella le hubiese gustado mucho tu visita, ¿sabés?

La niña le respondió: —Dígale, cuando despierte, que me encantó la muñeca que me regaló.

—Se lo diré—. Los ojos de aquel hombre corpulento se poblaron de gruesas lágrimas que pudo contener para darse vuelta y hablar con el secretario de su esposa.

—Atilio, llevá a la nena a tomar un café con leche con medialunas. —Y dirigiéndose a Emilce agregó: —¿Te gustan las medialunas?

—Sí, pero prefiero tomar una Bidú.

El Presidente volvió a sonreír. La osadía de la pequeña había tocado su corazón castrense. —Bien, bien... que sea una Bidú con medialunas, entonces.

Emilce, sentada en el bar, junto al secretario de Eva Perón, sorbía el contenido del refresco meciendo sus piernas que no lograban rozar el piso.

—Emilce, ¿dónde te habías metido? Gracias señor Renzi y sepa disculpar si mi niña hizo alguna travesura.

La madre llegaba agitada, había buscado a su hija durante casi una hora. Vestía un traje sastre negro, confeccionado para el funeral.

—Ha sido un placer compartir el desayuno con su pequeña. Es muy grata su compañía.

—Mi Emilce es pizpireta, pero tiene un corazón enorme.

La mano de la madre limpiaba, delicadamente, con una servilleta de papel la comisura de los labios y las rosadas mejillas de Emilce, pobladas de migas de medialunas.

—Ya lo creo, no cualquiera hace emocionar a Perón.

La madre de Emilce se sobresaltó: —¿Qué hizo qué? Espero que no se haya metido en problemas.

—Para nada señora, para nada—. Atilio abrió su mano frente al rostro de la niña y le regaló una medallita del club Ferro carril Oeste.

Emilce no pudo contener su alegría frente a la brillante redondez plateada y verdosa del obsequio.

Esa tarde gris, la garúa y las lágrimas inundaron Buenos Aires, pero Emilce se había entretenido peinando el mechón en una pequeña trenza que remató, en cada extremo, con una cintita negra que arrancó de una corona de las miles que se encontraban en las calles. Por último, aseguró el grueso cordón de pelo en el eslabón que sostenía la medalla de Ferro. La niña se sintió satisfecha del amuleto que esa tarde confeccionara.

El olor a flores podridas invadió durante varios días la calle Austria. La gente dejaba en la puerta de la residencia ofrendas, velas y cartas. Emilce llevaba algunas a su habitación e intentaba leerlas a la pe-

queña trenza. Sabía que podía contarle todo lo que ocurría en la antigua casona, pero lo más importante era que este se había convertido en su talismán de la fortuna.

Y realmente era uno muy efectivo. Desde que lo tuvo entre sus manos, obtuvo varios regalos. El primero, la Bidú con medialunas y, a partir de aquel momento, todo lo que deseaba o necesitaba aparecía para ella.

La segunda señal, de que aquel milagro era real, fue el plato de milanesas con papas fritas que la cocinera le preparó para la cena. Emilce amaba las milanesas con papas fritas, pero no las cocinaban para ella con frecuencia.

Y ahora el Presidente le había enviado unos zapatos preciosos que eran de la Señora. Esos que solía probarse a hurtadillas, jugando, cuando su madre ponía los vestidos de la primera dama en el amplio vestidor. Muchas veces su madre la amonestaba por andar con aquellos tacones, pero la señora, con tono afable replicaba:

—Dejala que se divierta un poco, hacen falta tantos pasos de ternura en esta casa que sólo escucha el trajinar de los políticos y los lameculos de turno—. Y agregaba: —Te gustan, Emilce? Yo misma me voy a asegurar de que algún día sean para vos, pero, por el momento, son los que me sientan más confortables, ¿sabés? Tengo que estar mucho tiempo de pie y estos zapatos me lo permiten. Ya los amoldé.

Emilce taconeaba, ahora, con tanta felicidad. Jugaba a ser la señora. Admiraba su porte, su franqueza al hablar, la forma en que sólo con una mirada ponía en su lugar a los hombres que intentaban despreciarla.

Emilce, frente a su muñeca, se había esbozado un rodete y montada en sus zapatos repetía: —¡Lameculos, lameculos!—. No tenía idea lo que significaba esa palabra, pero sonaba tan mágica, como si de un “ábrete sésamo” se tratase.

—¡Emilce! ¡No digas esas cosas!—. Su madre había ingresado a la habitación que compartían alarmada por los gritos de la pequeña. — Si seguís repitiendo palabrotas, voy a lavarte la boca con agua y con jabón.

Emilce bajó la mirada avergonzada. Su madre nunca le había lavado la boca con agua y jabón, pero la barra de detergente sabía realmente horrible, más que el aceite de hígado de bacalao que debía tomar cada invierno para fortalecer la salud y tener mayor apetito. Lo sabía muy bien porque una vez llevó a su boca una pastilla de detergente creyendo que era un enorme y rosado caramelo. Demoró dos días en dejar de sentir el aroma a huevo podrido sobre su lengua.

La madre pensaba: —¿Qué debo hacer, Emilce? Quizás deba castigarte. ¡Ya sé! Durante un mes no te compraré más caramelos. Además te hará bien no ingerir tanta azúcar.

Infinita fue la angustia de Emilce al oír esas frases que la privaban de sus amados Sugus.

—Mami, ¿tampoco puedo comprarme los de sabor a limón?—. Eran los que a la niña menos le gustaban, pero entendía que era preferible el sabor ácido que privarse de aquella golosina.

—Ni siquiera los de limón, Emilce. ¡Así aprenderás a no decir improperios!

Ya en la cama, Emilce repasaba en su mente cuál era aquella grosería que no debía mencionar. No recordaba haber dicho nada que no hubiese escuchado de los adultos.

—Señora, por favor, no me prives de los Sugus—. Emilce apretaba contra su pecho, con ambas manos, la pequeña trenza dorada, que por un momento pareció iluminarse.

A la mañana siguiente, bajó al comedor de servicio a desayunar. Llevaba su muñeca a rastras. Y esto se debía a que esta pepona, de aproximadamente sesenta centímetros, vestida de delicado raso y cuyo peinado remataba en grandes bucles, tenía el cuerpo de madera maciza y articulaciones metálicas, por esto la niña la cargaba con dificultad.

La cocinera recibió a Emilce con tristeza. Desde que la señora se había marchado, el ambiente de la casona de la calle Austria era el de anochecer de un domingo. Ese momento en que nos asfixia la certeza de que se acaba el fin de semana y el lunes, con pesar, el deber llama a la escuela.

—Pequeña. Toma tu chocolate caliente y vuelve a tu cuarto. Pero no demores. Estamos muy ajetreadas estos días. Hay muchas reuniones en la residencia, y si te pones a dar vueltas por aquí no harás más que estorbar.

—¿Qué son esos paquetes que se ven en aquella esquina?

Emilce señalaba una pila enorme de cajas envueltas con papeles de diversos tipos y colores que se hallaban apilados sobre un rincón.

—Esos son regalos que la gente la ha traído al señor, para hacerlo sentir un poco mejor luego de que la señora se marchara con el niño dios—. La cocinera trajinaba pincelando pollos blancuzcos con mostaza y revolviendo salsas que rompían en hervor a fuego lento, mientras sorbía de vez en cuando un mate, que ya se había lavado hacía varias horas.

—Puedo verlos?—. La curiosidad arrastraba a la pequeña hacia el cúmulo de objetos como el agua que subía por la bombilla, desde la yerba mate apelmazada hasta los labios de la cocinera.

—Sí, pero no toques nada.

Emilce se acercó a la montaña de regalos, un Aconcagua de misterios.

La rodeó una y otra vez hasta que sus ojos se detuvieron en una pequeña caja, cuyo diseño le resultó conocido. ¡Sí, era un estuche completo de caramelos Sugus! Sabía que su trenza dorada no podía defraudarla. Ese regalo, seguramente, era para ella y lo habían colocado allí, junto a los del señor Presidente por error. ¿Pero cómo se lo explicaría a la cocinera? Prefirió no hacerlo. Tomó furtivamente la caja, la metió entre las ropas de su muñeca y corrió escaleras arriba hacia su cuarto.

La panzada de golosinas le provocó a Emilce una hepatitis tóxica que la sumergió en un letargo febril durante varios días.

Aferrada al mechón de cabello, la pequeña repetía una y otra vez: —No quiero morir, señora. No quiero morir.

La hidratación, los cuidados de su madre y una alimentación a base de manzana, brócoli, limón y arroz con ajo hicieron que la pequeña se recuperase poco a poco.

—Mami, la trenza me salvó.

—Creo que te ha salvado el señor Presidente que llamó de urgencia al doctor Finochietto.

—No, mamá, fue la trenza.

La mujer sonreía mientras peinaba a Emilce, no se atrevió a indagar más. Temía sumergirse en las fantasías de su niña, en sus preguntas. Las infancias suelen incomodar con su inocencia porque cuestionan las absurdas tradiciones que nos sostienen. Sólo los niños saben que jugamos a ser adultos.

Una tarde como tantas otras, Emilce cantaba mientras giraba como un dreidel en los jardines del palacio Unzué protegida por la gruesa sombra de las higueras, los cipreses y los naranjos. El aroma fresco de las magnolias, mezclado con las vibrantes notas mentoladas de los eucaliptos, la abrazaba.

Emilce se detuvo al ver, a través de la reja que daba a la avenida Libertador, a una anciana que intentaba pegar, con cinta transparente, una pequeña estampa en el hierro. Pero la humedad del material se lo impedía.

La delicada lámina caía una y otra vez haciendo que la pobre vieja debiera agacharse a recogerla para intentar sostenerla, en un loop que parecía no tener fin.

Con un vibrante ramillete amarillo de flores de acacia que había cortado, Emilce se acercó a aquella mujer.

—¿Qué hace, señora?

De cerca, la niña pudo ver que la visitante llevaba un guardapolvo azul fabril. Su delgadez cadavérica contrastaba con sus ojos vivaces y su energía vital.

—Hola pequeña, intento dejar esta carta en memoria de Evita.

—La señora no está. Hace mucho que no me cruzo con ella. La última vez que la vi estaba dormida. La cocinera dice que se marchó con el niño dios.

La anciana pasó su huesuda mano entre los barrotes del cerco para acariciar la cabeza azabache de Emilce mientras le sonreía. La enternecía su inocencia.

—Lo sé. Ella no volverá. Pero, al menos, tuviste la suerte de conocerla.

Emilce alzó los párpados en una expresión de sorpresa. La anciana continuó:

—La vida nos asombra a diario, pequeña.

—Y, ¿qué es lo que usted ha escrito para la señora?

Emilce comenzó a deshojar las flores de acacia, en un movimiento repetitivo que le permitía mantener su atención en el relato de la anciana mientras sus dedos rozaban el aterciopelado escozor de los pétalos.

—Yo nunca poseí nada. Desde que tengo memoria, siempre me descubrí sola, sin una familia que me contuviese, que me sostuviese cuando los días se volvían grises. Intenté ganarme la vida haciendo lo que fuese, pero, una y otra vez, caía bajo el puño inmisericorde del patrón, cuya retribución por mis esfuerzos apenas me permitía sobrevivir. Jamás he venido hasta este lugar a pedir nada para mí, creyendo que lo que aquí regalaban era limosna. Pero, tal vez, Perón y Evita, desde esta casa, en estos escasos años, me han dado, sin que se los pidiese, lo que necesitaba. Mejores condiciones de trabajo, la dignidad del descanso y, sobre todo, como mujer, el derecho a ser parte de la historia.

Emilce permaneció pensativa. Inmediatamente respondió: —A mí me regalaron una hermosa muñeca.

La anciana sonrió. —Es cierto, jugar también es importante. Quizás hoy, a tu corta edad no lo comprendas, yo tampoco lo entendí al principio, pero esa mujer nos dio más de lo que muchos venían a rogarle. Y ahora que se ha ido, quién sabe. Quizás todo vuelva a ser como antes.

La anciana posó su mirada en la estampa que encerraban sus manos: —Tanto bien que nos han hecho y tanto mal al mismo tiempo. Nos han dado mucho, pero no nos han enseñado a defenderlo. Y falta tanto por hacer. Qué pasará cuando la voz de esta mujer se desvanezca en la brisa de la historia. ¿Qué pasará con sus descamisados y sus descamisadas? ¿Quién les dará lo que necesitan?

—¿Usted conoce a esos descamisados?—. Emilce pronunciaba esa palabra con extrañeza, la había oído mil veces, más nunca había comprendido su significado.

—Por supuesto pequeña. De donde vengo hay muchos que aún no tienen amparo.

Emilce aferró ambas manos sobre una de las varas metálicas e inclinó su cuerpo para que la mujer pudiese escuchar mejor el secreto que iba a revelar. —Yo sé cómo ayudarlos.

Lentamente la niña metió sus dedos en el bolsillo delantero de su vestido floreado, sacó la pequeña trenza y la extendió entre los barrotes de la residencia para posarla en las manos de la anciana, que se ahuecaron para recibirla.

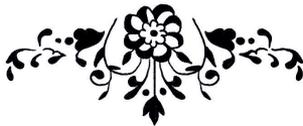
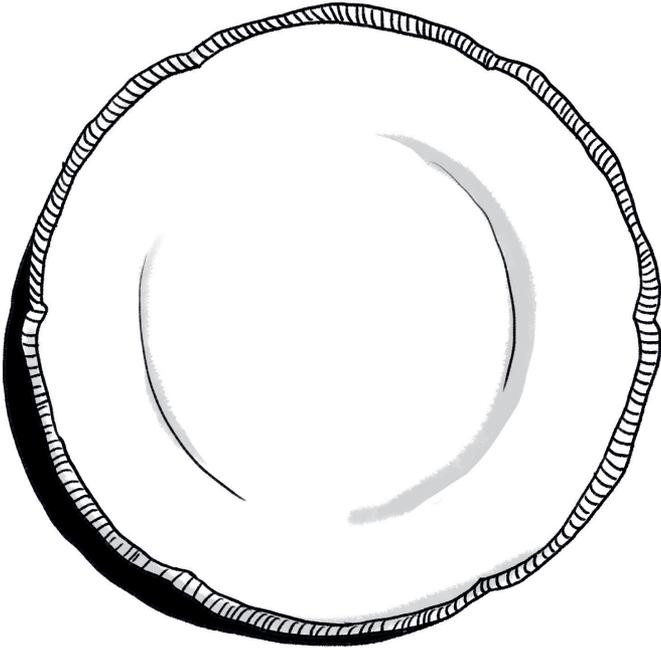
Los rayos del sol de la tarde de esa primavera naciente se posaron sobre aquel mechón dorado.

La mujer comprendió inmediatamente a quién pertenecía esa fracción de cabellera.

—Lléveselo a quienes lo necesiten. Ella nos sigue escuchando.

Dicen que en una basílica de la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, se esconde un relicario que aún contiene este rubio tesoro.

Allí, sosteniendo aquel mechón entre sus manos, un joven de clara y aguda mirada, recién ordenado sacerdote, pidió un deseo: “comprender el dolor de los pobres”. Carlos Mugica era su nombre y ese desinteresado anhelo cambió la vida de muchos pero, al mismo tiempo, signó su temprana muerte. La fuerza de esta reliquia no fue capaz de romper aquella maldición que parece pesar sobre todo aquel que intenta invertir el giro de la rueda de la historia.



El plato

Una noche de septiembre de 1955, luego de que las llamas devoraran gran parte del edificio, Carmen giró la llave e ingresó al palacio Unzué por la puerta de servicio de la mayordomía, la única que no había sido vandalizada por los golpistas.

Atravesó la cocina y el patio de luz, bañado por la lúgubre luz de la luna llena, hasta el salón principal. No logró contener las lágrimas.

Los muebles, de estilo francés, mudos testigos de los giros de la historia, se desparramaban en pedazos, unos sobre otros, irreconocibles. Los tapices, arrancados de sus marcos, formaban un gigantesco bollo calcinado en una esquina. El tizne de los muros se desprendía en negros copos sobre el parqué carbonizado.

Carmen reconocía, a pesar de la barbárica destrucción, las elegantes trazas de un hogar donde fue feliz haciéndose cargo de la bulliciosa cocina.

Ella misma le llevaba, a deshora, cada plato a la señora, que en el despacho de la planta baja o en su dormitorio del primer piso, la recibía con una sonrisa amable sobre su mentón pendulante.

—Carmencita, ya te dije que no tengo hambre ahora.

—Tiene que comer algo, señora. Mire que si no lo hace, el señor se queja de que no le gustó lo que le preparé.

—Si Juan te dice algo, le decís que se meta en sus asuntos y listo.

—¿Cómo le voy a responder así al Presidente, señora?

—Tenés razón, tendrías que mandarlo a cagar.

Carmen amaba que la señora lanzara al aire sus sonoras y cascadas carcajadas. Creía que eso le aliviaba los dolores que, en el último tiempo, sentía con mayor frecuencia.

Al fin la señora probaba un bocado, el único bocado de un plato abundante.

—Ay, Carmencita, te pasaste, como siempre. ¡Qué mano tenés para la cocina! Ni mi hermana Erminda cocina así, y eso que se esfuerza.

Al fin, Evita, se sorbía los dedos, como señal de que había terminado de comer sin siquiera haber comenzado.

—Carmencita, si no te molesta, tráeme un té con criollitas. Tengo languidez.

La eterna languidez de la señora, esa punzante molestia que se le clavaba en la boca del estómago a diario y que intentaba disimular estoicamente.

Carmen se movía ahora entre los escombros hacia la alcoba de la señora, como si le llevara, otra vez, aquella infusión. Le dolía tanto odio. ¿Qué habían intentado hacer desaparecer, los antiperonistas, arrasando esta casa? Si lo que se guarda en el corazón, se vuelve eterno, indestructible.

Lloró. La angustia le aferró la garganta como una garra poderosa. Ya no había nada para rescatar de la furia y el olvido. Nada habían dejado sin destruir, sin saquear.

De todas formas caminó por aquel cuarto que tantas veces visitara.

—Carmencita, mirá lo que me hizo Paco. ¿Te gusta? ¿No me queda muy holgado?

—Le queda precioso, Señora.

—Vos siempre me decís lo mismo. Me parece que debería decirle a Paco que lo tome un poco de cintura y de cadera.

—Disculpe que se lo diga así, pero lo que debería hacer es comer un poco más.

—Si comiera todo lo que vos querés que coma, estaría como un elefante.

—El gris también es elegante.

Evita reía nuevamente ante la ocurrencia de Carmen.

—Ay, Carmencita. ¿A ver? ¿Qué trajiste?

Carmen levantaba el cloche para que Evita sorbiera el aire endulzado con el aroma de su preparación.

—Milanesas frías con papas fritas, señora.

—Sos pícara Carmencita. Sabés que no le puedo decir que no a tus milanesas.

Carmen esperaba a que Evita acabara de comer, y aunque, esta nunca superaba la mitad del plato, la cocinera se sentía satisfecha si la señora lograba saborear tres pinchadas.

La oscuridad invadía los restos de la residencia destruida. Las sombras serpenteaban por entre los escombros y los roedores ya se habían afincado en los rincones, como si de un mausoleo se tratase.

Nada halló Carmen en el dormitorio, y se dispuso a desandar camino, dejando atrás su esperanza de recuperar algún objeto que la encontrara con un tiempo en el que fue feliz. Uno no siente nostalgia por lugares o por cosas, sino por los momentos con los que aquellos nos conectan.

A punto de salir del palacio Unzué por la misma puerta por donde había ingresado, Carmen recordó que podría hallar algo que los saqueadores, con seguridad, no tuvieron en cuenta. Así como no habían destruido la mayordomía, seguramente no se habían llevado el plato de la señora.

El odio de los golpistas los llevaba a arrasar con todo lo que fuese homenaje, exaltación y respeto hacia la figura de la señora. Por esto apuntaron contra lo suntuoso y los objetos que ella ostentara frente a la nariz arrugada de la oligarquía. No lograron percibir que su memoria sobreviviría también en lo cotidiano.

Carmen corrió hacia el mueble embutido donde se guardaba la loza. Lo abrió de un tirón, y un estrépito de ollas y cacharros bailarines suspendidos en sus ganchos, sacudidos por la fuerza de la cocinera, rebotó en los firmes y amplios muros de la cocina.

Allí estaba el plato, en el segundo estante, junto al resto de la vajilla, pero separado de las otras piezas. Carmen lo dejaba aparte, envuelto en una delicada servilleta de lino, era el plato de la señora, de color marfil y borde dorado con flores en tonos rosadas. La cocinera lo utilizaba para servirle la comida porque, quizás por un error de manufactura, este recipiente era unos milímetros más grande que el resto de la loza. Esto le permitía a la cocinera disponer un poco más de alimento sin que la señora percibiera que la porción era más abundante.

Carmen se aferró aquel plato como a una tabla en un naufragio, giró sobre sus pasos y salió de la residencia perdiéndose entre los insomnes transeúntes que pululaban bajo las agónicas luces de la calle Austria.

Carmen había perdido su trabajo, pero también su hogar. Por esto, ahora, alquilaba una pequeña pieza junto a su hija en Barracas con sus escasos ahorros.

—¿Ya sabe Normita dónde la vas a llevar de vacaciones, Carmencita?

—No, señora. Va a ser una sorpresa.

—Quisiera verle la cara cuando le digas que se van a Mendoza.

—Ay, señora estoy tan emocionada. A Normita siempre le gustan las montañas, desde que era chiquita.

—Cuando vean lo inmensas que son esas montañas se van a sorprender—. Evita movía las lentejas de un lado al otro del plato con los dientes del tenedor. —Recuerdo cuando fuimos con Juan. Nos alojamos en un maravilloso hotel de montaña en Uspallata.

—A esa ciudad la voy a llevar a Normita.

—Hacés bien—. La carne asada decorada con morrón y cebolla caramelizada lucía espléndida, pero Evita acomodaba una y otra vez el plato sobre su escritorio sin probar bocado. —Tienen que bajarse en la estación Pacífico y, desde ese lugar, se toman el colectivo que va por la ruta siete. Son poco más de cien kilómetros de curvas y contra curvas de un camino de montañas imponentes. Decime, ¿por qué no se van las dos a través de la Fundación? Yo te regalo la estadía.

—Le agradezco señora, pero ustedes me pagan muy bien acá y yo he podido ahorrar lo suficiente. Prefiero que se beneficie de su gene-

rosidad alguna familia que no cuente con los recursos para disfrutar de sus vacaciones.

—¡Carmencita!—. Evita abrió los ojos con expresión de sorpresa. Carmen temió que su negativa hubiese contrariado a la señora. —Carmencita. Ojalá todos los políticos, que se dicen peronistas, comprendiesen, como vos, el sentido de la justicia social.

Para Carmen esas palabras fueron el mejor regalo.

Pero hoy su realidad era diferente. Debía estirar el dinero que le quedaba, mientras buscaba empleo poniéndose al servicio de alguna familia aristocrática. La ansiedad y la desesperanza la acosaban, le arañaban la espalda.

Había sido rechazada de las quince casas donde se había presentado el último mes. Las primeras dos patronas la miraron con desprecio al saber que sus últimos años había servido en la Residencia. Por esto dejó de nombrar su desempeño junto a la señora. En las otras casas, tampoco la acompañó la suerte. No era habitual que tomaran a personas de más de cincuenta años, sin experiencia reciente comprobable. Pero Carmen no se rendía. No iba a obligar a su hija adolescente a abandonar los estudios.

Carmen, con el cansancio y la incertidumbre pegados sobre sus hombros, llegó a la pensión. Cuando ingresó a la habitación, su hija estudiaba. Varios libros se desplegaban sobre la mesa.

Normita había dispuesto sobre el pequeño mechero una olla donde burbujeaba un estofado que, de vez en cuando, dejaba escapar el exquisito aroma a tomate, cebolla, papa hervida y fideos. Carmen besó en la frente a su hija casi adolescente.

—¡Pero qué delicia!

—Preparé algo para las dos con lo que había en casa, má.

—Gracias, hija.

Carmen se asomó al caldero. En su fondo hervía el estofado. Una porción tan pequeña que a cuenta gotas alcanzaría para ambas.

—¿Qué trajiste, má?—. Norma fijaba su curiosa mirada en el objeto que acunaba Carmen entre sus brazos.

—Es un plato que retiré de la residencia antes de que caiga en las manos de algún golpista.

—¡Esos platos!, los recuerdo. A veces te ayudaba a lavarlos. ¿Te acordás, má? Pero... —Norma inspeccionaba el plato que su madre había colocado con litúrgica delicadeza sobre la mesa. —¡Este es el de la señora! Me doy cuenta porque tiene estas flores tan bonitas. Es más hermoso que el resto de la vajilla, como si no hubiese formado parte del mismo juego.

—Así es. Es extraordinario, como ella.

—Má, ¿yo también soy extraordinaria?

—Sos extraordinaria y maravillosa, como la señora.

Norma se sintió satisfecha y se incorporó para acomodar sus libros en un estante que hacía las veces de perchero. Luego, se dispuso a acabar de darle cocción a la cena mientras su madre se quitaba el abrigo y los zapatos.

—Má—. Norma revolvía el escaso mejunje. —¿Me permitirías cenar hoy con el plato de la señora?

Carmen no pudo decirle que no. Y, además, los objetos fueron hechos para utilizarse. Evita así lo hubiese querido.

Norma preparó la mesa. El mantel blanco, dos vasos metálicos, dos tenedores (los cuchillos no son necesarios para un estofado sin carne), dos servilletas rosadas que habían sido bordadas por su abuela, una jarra con agua fresca, que hacía menos de una hora recogiera de la canilla del piletón del patio, y los platos. Uno, el de siempre, el Lozadur blanco con ribete verde; el otro, el de la señora.

Carmen sirvió una pequeñísima cucharada para sí misma en el plato que utilizaban a diario, y una porción doble (el resto que quedaba en la olla) para su hija en el plato de Evita.

Se sentaron a cenar. No rezaron. Yermas de fe desde aquella mañana lluviosa de julio de 1952.

Mientras comían, conversaron, animadamente sobre el colegio y los estudios de Normita, quien devoraba el estofado como si no hubiese comido en varios días. La niña siempre había sido de buen comer.

Carmen terminó su plato en minutos. Era tan escasa su parte que aún sentía hambre, pero no dijo nada. Normita debía ganar fuerzas para poder rendir su examen a la mañana siguiente.

—Ya he comido suficiente, má. ¿No crees que me quedó exquisito el estofado?

Carmen se había incorporado para levantar la mesa y salir al patio común a lavar la vajilla.

—Pero, Norma. ¡Si no has probado bocado!

El plato de la señora se mostraba atiborrado de estofado. Como si la hija no lo hubiese tocado.

—Es que me has servido demasiado, má.

—Es imposible. Sólo coloqué dos cucharadas. ¡Y ahora parece que hubiese una porción para dos personas!—. Carmen no daba crédito a lo que veía.

—Má, pero yo he comido a gusto y me siento satisfecha.

—Entonces, yo comeré un poco más.

Carmen comió del plato de Evita hasta que no pudo engullir un bocado más y, sin embargo, este aún contenía una buena porción de la humeante mezcla de papas, cebollas, morrones, tomates, arvejas y fideos.

—Creo que es el plato de la señora el que hace que la comida no se acabe, mami.

Carmen no contradijo a su hija, no tenía fuerzas para oponerse a lo maravilloso. Se limitó a colocar en la olla, ayudada del tenedor, el contenido del plato, para luego lavarlo con delicadeza y guardarlo en el ropero.

Nada dijeron las dos mujeres del objeto que resguardaban celosamente.

Quienes las conocieron, afirman que Norma acabó sus estudios de enfermería para trabajar en las salas médicas de algunos barrios populares, de esos que se desparraman en los márgenes de la gran ciudad.

Carmen siempre seguía a su hija.

Llevaba una gran olla donde cocinaba el almuerzo y la cena comunitaria para aquellos que nada tenían. La gente aguardaba con ansias su llegada. Eran inigualables el sabor y el aroma de sus preparaciones.

Nadie sabía cómo lograba, aquella cocinera, realizar el milagro, pero todos comían hasta saciarse.

Muchos afirman, sin embargo, que Carmen seguía un extraño ritual: Antes de servir la comida sumergía, hasta el fondo, en la olla donde la preparaba, un antiguo plato color marfil, pintado con delicadas flores rosadas. Otros juraban que mientras guisaba, murmuraba, como en una oración, el nombre de Evita. Eso, decían, era suficiente para realizar el prodigio.



Tinolita

El rítmico tamborileo de sus tacones contra el mármol de las escaleras desataba mi felicidad. Como si sus pasos tiraran de un hilo conectado a mi columna vertebral, que, al retraerse, me hiciese correr hacia ella sin control.

El tiempo es relativo, pero para los de mi especie transcurre demasiado rápido y una tarde de su ausencia se sentía como meses para mí.

Cada vez que volvía a altas horas de la madrugada, luego de verla partir de la residencia a las diez de la mañana, creía haber esperado por ella toda una vida.

Me nombraba ni bien atravesaba el umbral.

—¡Tinolita!—. Así me llamaba. El color áspero de su voz era para mí la más dulce de las melodías.

Amaba a Manos frías. Le puse ese nombre porque sus delicados dedos, que no escatimaban caricias, no eran tan cálidos como los de Manos grandes.

La gente la llamaba Evita, aunque Manos grandes le decía “Negrita”.

Ella había salido temprano ese día y, para matar el tiempo, decidí olfatear la rendija inferior de la puerta de calle, tratando de capturar el aroma de Manos frías que aún flotaba en el aire y comenzaba a confundirse con el resto de las fragancias que pululaban por el jardín.

Podía enumerar cada una de las notas de su perfume: clavos de olor y menta que picaban al rebotar en mi hocico. Mandarina verde y bergamota que cosquilleaban en mi lengua. Luego llegaba el dulce aroma del ciprés y el lirio de los valles enfrentándose a la fuerza de la

albahaca y el jazmín que parecían cortar el aire haciéndome resoplar y sacudir mi cabeza. Al final, me adormecía la delicadeza del musgo, el cedro y el ámbar, que se abrazaban a la ternura del almizcle.

Me dormí degustando cada uno de los aromas de Manos frías y recordando la suavidad de las yemas de sus dedos detrás de mis orejas.

Cuando desperté, mi felicidad fue inmensa al descubrirme en su regazo. Había regresado temprano.

Me preocupó percibir un tenue hedor putrefacto en su vientre. Apoyé en él mi hocico con fuerza intentando hallar el origen de esa fetidez que se me antojó maligna.

—¡Tinolita! ¿Qué estás haciendo?—. Manos frías soltó una carcajada, como si creyese que yo intentaba hacerle cosquillas. No se daba cuenta que mi instinto buscaba algo que estaba a punto de hacerle daño. Por eso comencé a gruñir.

—¡Tinolita! ¿Por qué gruñís?

—Tal vez quiere que la dejes en el piso, Negrita—. Manos grandes no me comprendía. Él tenía un olfato especial para las intenciones de los hombres y para las de “Monito”, su malcriado, pero no para las mías. Sin embargo, Manos frías poseía una intuición que la conectaba conmigo como con ninguna otra criatura. Los únicos que podrían competir con el amor que Manos frías me tenía eran los que ella llamaba sus “cabecitas negras”, a quienes les dedicaba muchas horas.

—No creo que quiera que la baje. Me parece que algo le molesta, Juan.

¡Claro que algo me molestaba! Y tenía razón. Esa pequeña cosa, crecía dentro de Manos frías y con lentitud la devoraba, milímetro a milímetro.

No iba a permitir que Manos frías me fuera arrebatada por esta enfermedad y por eso me puse en acción.

Manos frías necesitaba alimentarse mejor, dormir un poco más y correr a diario al sol. Nuestra especie ha comprobado, durante milenios, que los hábitos de comer bien, descansar largas horas y pasear al aire libre, eliminan las más resistentes enfermedades.

Esa tarde me paré frente a Manos frías y comencé a expresarle mi opinión con énfasis.

—¿Qué pasa Tinolita? ¿Por qué ladrás? ¿Tenés hambre?

Manos frías abrió una lata de carne desmenuzada y sirvió todo el contenido en mi plato. El aroma agridulce del mejunje de vísceras y cartílagos molidos me obligó a sumergir el hocico en aquella deliciosa mezcla de fragmentos de cadáveres de res, cerdo, pollo y vaya a saber qué otros animales. Debo reconocer que a veces me gana el instinto, pero, mientras devoraba aquel húmedo manjar, no dejé de pensar un solo segundo en que Manos frías debía alimentarse, tal como lo hacía yo, si quería deshacerse de la cosa que habitaba en su interior.

Para que Manos frías pudiese comprenderme, de vez en cuando, interrumpía mis dentelladas y, alzando la cabeza, emitía un par de ladridos, para luego volver a embadurnar la trompa en la pulpa semicocida.

—Mirame, Manos frías! Debés alimentarte así... Mirame... Así, como lo hago yo... ¿Ves?

Manos frías soltó una estrepitosa y repentina carcajada.

—Tinolita. O comés o ladrás. No podés hacer las dos cosas al mismo tiempo.

La especie humana nos entendería si hiciese silencio y se limitara a observar. Prestar atención es parte esencial de la escucha. Pero a ellos les gusta empañar el mensaje sincero de la gestualidad y la mirada con el sonido estridente que brota de sus gargantas.

Manos frías no logró comprenderme.

Esa misma noche destrocé con mis garras una caja de Criollitas que Guillermina, el ama de llaves, guardaba celosamente en la alacena, y tomé algunas galletitas para llevarle a Manos frías. Sabía que eran sus favoritas.

Salté sobre la cama y las coloqué cuidadosamente sobre la almohada. Nunca comprendí por qué los humanos no disfrutaban comer y echarse, como el resto de los animales. Prefieren mantenerse erguidos, aun estando exhaustos. Si no se fían de lo que les grita su instinto ¿cómo pretender que confíen los unos en los otros?

Creí que Manos frías me agradecería el gesto. Por el contrario, ni bien descubrió mi ofrenda comenzó a agitar sus brazos y a acercarse hacia mí con ojos de fuego articulando un sonido agudo en palabras que interpreté como una clara advertencia de que no debía volver a tocar el alimento que no se me colocara en el plato.

Manos frías era la jefa de la manada, incluso Manos grandes permanecía en silencio si ella se enojaba.

Lilian, la mujer que, día y noche, acompañaba a Manos frías me tomó del collar para sacarme del cuarto.

Lilian me hacía sentir celos, por eso, cada vez que pasaba a mi lado distraída, le lanzaba un tarascón muy cerca de sus tobillos para rozarla con mis bigotes. Lilian siempre se sobresaltaba:

—¡Tinolita! Vas a matarme de un susto.

Yo me alejaba satisfecha izando mi rizada cola negra.

Me gustaba enroscarme debajo de las sábanas apoyando la cabeza sobre el tobillo de Manos frías. Mi cabeza color azabache y su tobillo blanquísimo. Pero esa noche Lilian me había echado del cuarto para luego trancar por dentro la pesada puerta de doble hoja. No pude dormir a los pies de Manos frías. Ella necesitaba mi calor, ahora más que nunca. Lloriquéé durante casi una hora envuelta en la cuna de los brazos de Manos grandes que fumaba sentado en su escritorio de la planta baja. Mi tristeza no me permitió percibir su preocupación.

Manos frías empeoraba. Su cuerpo, una aguja en el trajinar opulento de la residencia, parecía a punto de quebrarse ante el peso de su espíritu inquieto.

—Descansá, Cholita. Estás muy pálida.

Juana, como toda mamá, la regañaba en una visita que Manos grandes había programado, a la fuerza, en un hueco de la atestada agenda de Manos frías.

—Me siento bien, sólo estoy algo cansada. Tengo muchas cosas que hacer.

Juana me acariciaba con sus dedos callosos de costurera. Yo me dejaba consentir. Esa mujer compartía el espíritu de Manos frías.

Los humanos no lo saben, pero ellos comparten su alma con otras personas, que pueden ser o no de su misma manada. Nosotros podemos percibirlo. Es como un hilo de aroma que los une, un tenue filamento que huele a tierra mojada, y envuelve a aquellos que se entienden sin palabras, se aman o se odian, eso poco importa. Esa hebra, los conecta a un flujo constante de energía y los hace un fragmento de algo más grande que ellos, como racimos. Por eso es tan difícil el olvido. Cuando una de esas partes se marcha, su hilo continúa activo, transmitiendo sensaciones, sueños, pesares al resto, como si dejase flotando jirones de vida, que los demás perciben.

—Sin embargo, yo siento que es más que cansancio, hija.

Manos frías se acercó a nosotras, cansina, y se sentó en el apoyabrazos del sillón para poder besar la cabeza de su madre.

—No te preocupes por mí. Sé que Juan te pidió que vengas porque cree que vos podés convencerme de pasar una semana en la quinta.

Cuando escuché la palabra “quinta” mi cola comenzó a agitarse. Ese lugar me fascinaba. Pero no porque fuese especial para mí, sino porque Manos frías se olía feliz cuando pasábamos el día allí. La felicidad tiene el aroma de las mandarinas frescas. Amaba el tono de voz de Manos frías cada vez que hablaba con sus labios en curva, mostrándome los dientes. Amaba, en ella, eso que los hombres llaman sonrisa.

Manos frías continuó: —Ya me lo pidió él mismo y me negué rotundamente. Me encantaría poder pasar más tiempo en la quinta, pero no lo tengo, mamá, no queda tiempo.

Mi ilusión se desvaneció con la misma rapidez que los ratones que se deslizan detrás del friso de las paredes de la residencia.

Manos frías se incorporó con dificultad y se abrazó el vientre. El dolor no la invadía desde afuera, latía en su interior, le empujaba las entrañas como queriendo romperla, hacerla estallar en pedazos de carne y huesos. El dolor tiene un tono tan dulce que empalaga, que provoca náuseas.

—¡Cholita!

Juana se levantaba del sillón hacia su hija, el hilo que las enlazaba se tensaba ante el tormento y las obligaba a unirse. Yo permanecí de pie en el sofá de estilo imperial. Mi atención se centró en una extraña marca que Manos frías dejara en el apoyabrazos al erguirse. Una abundante mancha color café de un intenso olor ferroso. La lamí, quizás fuese demasiado tarde, su sangre cargaba con el mismo hedor que el monstruo que la consumía.

Manos frías no volvió a ser la misma, como si se apagase desde el interior de ese cuerpo que ya no le era propio. Por momentos podía ver destellos de su espíritu si recibía gente que llegaba en busca de su ayuda, o cuando mandaba llamar a los otros, a los que les escupía su indignación a la cara por algo que ella les pidiera y no hubiesen hecho. Me gustaba moverme detrás de estos últimos ladrando a través del corredor que separaba el recibidor de uno de los cuartos de la planta baja, donde Manos frías tenía, ahora, su despacho improvisado. Manos frías ya no podía retirarse al primer piso, dormíamos juntas en una cama dispuesta en aquella habitación que hacía las veces de oficina.

A diario un grupo de enfermeras se llevaban a Manos Frías. Cuando volvía, la piel de su vientre parecía quemada y emitía un tenue pulso amarillento. Por esto, esa noche, recosté mi cabeza sobre aquel brillo tenebroso. Quería vigilarlo de cerca mientras Manos frías descansaba.

No pude mantenerme alerta. Desperté con el sutil sonido de los pasos de María Eugenia.

Me agradaba María Eugenia. Cuidaba a Manos frías con el mismo celo que yo. No se dejaba amedrentar por su carácter avasallante, y, muchas veces, lograba imponerse para que esta descansara y desistiese de su continuo interés por manejarlo todo personalmente.

Una tarde Manos frías no despertó.

Fue difícil sentir su partida. Yo me mantuve quieta, debajo de la cama ortopédica donde ella agonizaba. Había intentado trepar hasta sus pies, como cada noche, pero, aquel hombre con un trazo de bigote sobre su rostro anguloso y un denso aroma a tabaco, a quien Manos frías llamaba Juancito, me empujó fuera de las sábanas.

—Dejala tranquila. Ella sabe que se está muriendo.

Manos grandes intentó guardarme entre sus brazos, pero me escabullí hasta los pliegues del acolchado que se desparramaba por el piso, esquivando los pies de las personas que invadían el cuarto, un bosque de pantorrillas forradas de las nuevas medias de nylon sin costura y de pantalones oxford.

Los olfateé cuidadosamente. Trece aromas diferentes, trece personas aguardando lo inevitable. Trece, el número de la desgracia.

No debí encariñarme tanto con Manos frías, pero ya era tarde. Ella fue mi vida entera. Su partida me desgarraba con una tristeza que jamás había sentido. No quedaba huérfana, quedaba incompleta.

Desde aquel refugio improvisado, a través del espejo oval ubicado frente a la cama, pude ver como un doctor sostenía la nuca de Manos frías, apretando su mandíbula para que no se asfixiase con su propia lengua. Al fin, una convulsión casi imperceptible y la ausencia en su mirada. Manos frías se había ido. Otro de los hombres la auscultó.

—No hay pulso.

Aquel que sostenía su cabeza la apoyó sobre la almohada y con los dedos índice y mayor de su mano derecha, le cerró los párpados.

—Ya no hay Dios, ya no hay Dios—. El de rostro anguloso corría fuera del dormitorio seguido por una mujer, algo mayor, que intentaba consolarlo.

—Salgan todos—. Manos grandes permaneció impasible, como una estatua de níveo mármol.

Una a una, cada una de las personas se retiró de aquella habitación ahora tan lúgubre. La tarde iba cayendo y la noche cubría todo con su velo de tristeza.

Trepó por mi garganta un aullido incontenible que hirió el silencio de las paredes blancas.

Manos grandes me tomó entre sus brazos. Su corazón latía a contra-tiempo de su respiración entrecortada. Una profunda inspiración y luego una larga exhalación. Al final, unas lágrimas que no logró reprimir.

Esa misma noche se la llevaron.

La casa no volvió a ser la misma.

El mundo no volvió a ser igual.

Yo no volví a ser quien era.

¿Dónde se habían fugado los aromas? Se los llevó la amada, y me dejó el alma insípida.

Pasaron los años y no pude dejarla ir. El instinto me obligaba a buscarla en cada sombra furtiva, en cada amanecer de primavera.

Manos grandes me hizo cruzar un océano. Quizás lo obligaban a huir, quizás huía de la ausencia que todo lo devoraba como un agujero negro.

En España, me pareció reconocer su aroma. ¿Sus pasos habían transitado estas calles o, su fragancia, era un dejo de su esencia en mi memoria?

Pero el destino es inexorable. Quién imaginaría que después de tantos años la reencontraría.

Una tarde de otoño llegaste.

Te recostaron en un cuarto oscuro. Rezaron una oración en tu nombre. Manos grandes lloró. Era la segunda vez que lo veía llorar. Al final se retiró de aquella habitación junto a la otra mujer.

Te dejaron sola.

Asomé mi cabeza por la hendidura de la puerta entreabierta y, como pude, me trepé a aquella cama. Demoré unos minutos. Mi cadera no era la misma. Te olfateé, ahí estabas, frente a mí. Mi cola, que se agitaba incontrolable, se detuvo de improviso.

Estabas herida. Como si hubieses peleado mil batallas. ¿Quién te había tratado con tanta furia?

Lamí tu rostro lacerado, tus manos. Lloré.

Me dirigí despacio hasta tus pies desnudos y sobre ellos recosté mi cabeza crespada. Suspiré y me dejé ir sabiendo que me recibirías, otra vez, entre tus brazos. Sabiendo que al fin podría volver a apoyar mi negro hocico en la curva sutil de tus labios.



Mellizos

Adelina se vistió de prisa. La ira le reptaba desde la boca del estómago hasta el rostro ancho, inflamando aún más sus mejillas y provocándole un incómodo sudor que brotaba de su frente lisa como el mármol.

Llamó a la criada varias veces, pero no obtuvo respuesta.

—Estas negras— pensó.

Se miró en el espejo oval que se alzaba desde el tocador estilo Luis XVI, observando, con detenimiento, cada detalle del vestido simple pero a la vez elegante que llevaba puesto. Un Dior oscuro ajustado a la cintura con el escote rematado en ribetes blanquísimos y la pollera tubo que dejaba ver sus delgadas pantorrillas. El amplio sombrero a tono, comprado por su marido en el último viaje de negocios a París, remataba el conjunto. A ella sí que le sentaba bien el Dior, no como a la yegua que hacía las veces de reina, y no era más que una aborígen salida de Los Toldos.

Volvió a llamar a la criada: —Ramona —y susurró— Hasta nombre de simio tiene—. Sonrió y se felicitó a sí misma por la ocurrencia. Aquella mujer inculta de provincia, que con manos marrones y regordetas, de dedos torcidos, manoseaba sus muebles, su loza y sus vestidos, para limpiarlos, sacaba lo peor de ella.

Ramona ingresaba al cuarto cabizbaja, se decía que había estado llorando. Traía el té de manzanilla que a la patrona le gustaba tomar antes de salir al centro. Un cigarrillo y una cerilla reposaban junto a la infusión, sobre la bandeja de plata.

—Demasiado tarde para el té, Ramona. Ya me he colocado el sombrero. La próxima vez venís a mi primera llamada.

Ramona agachó la cabeza. Adelina se sintió satisfecha. Satisfecha de que sus palabras fustigaran tanto como el rebenque de su bisabuelo, Julio Lastra Ortiz. Aquel instrumento que este utilizara hace casi un siglo, para “enderezar” a la servidumbre, hoy colgaba en la pared principal del recibidor dejando en claro que esta familia se abría paso a fuerza de golpes.

Adelina admiraba a su bisabuelo y lo creía un auténtico criollo, aun cuando este no hubiese sido más que un polizonte de un barco proveniente de la Europa continental que, gracias a los servicios de matón de estancia prestados a las familias de la vieja nobleza virreinal del noroeste argentino y a los trabajos de exterminio de población originaria, para el incipiente estado nacional, lograra concentrar grandes extensiones de tierras al norte del río Colorado.

—Para mantener el orden social, la fuerza es más eficaz que la educación —solía repetir el viejo Julio. Adelina lo admiraba sobremanera, así como disfrutaba retirarse a la paz de la estancia, que heredara de este, para ser tratada como una reina por el paisanaje.

Adelina encendió el cigarrillo, quería disfrutar la humillación de Ramona.

—Decime chiquita, ¿por qué razón, esta mañana, la servidumbre demoró tanto en ponerse a punto con las tareas domésticas?

—Disculpe señora, estuvimos pendientes del discurso de la señora Evita Perón.

—Eva Duarte, querrás decir. A esa le falta mucho para ser la Señora de un Presidente de la Nación. ¿Qué dijo ahora la actriz?

Adelina dibujó una delgada línea blancuzca al exhalar el humo del cigarrillo. Ramona tragó saliva.

—Evita renunció a su candidatura para la vicepresidencia, señora.

Adelina lanzó una sonora carcajada. —Lo suponía. Los militares y la Sagrada Iglesia jamás hubiesen permitido que una mujer, y menos

una como esa, obtuviese un cargo político. ¡Donde se ha visto! ¡La mujer, a su casa! Era hora que le cortaran las raíces a la trepadora.

Adelina observó el rostro enrojecido de Ramona, por lo que continuó: —Vos estás engañada con ella porque te regala sidra, pan dulce y alguna que otra cosita más. A mí deberías idolatrarme, que te doy comida todos los días.

—No es eso, señora—. Ramona respondió como pidiendo permiso. Pero los ojos agigantados de su patrona la hicieron refugiarse en el silencio.

Adelina, sorprendida por el arrebato de la muchacha, y deseosa de replicar cualquier observación que le hiciese, la alentó a continuar: —Seguí, chiquita, seguí hablando, que para eso todavía tenés la lengua.

—Disculpe señora. Sabe que nosotros siempre estuvimos sujetos a la voluntad de gente como usted, atados a la ley del “capanga”. Y mientras tanto poco le importaba a los “argentinos de bien” si nuestros niños tenían lo que necesitaban, o si asistían o no a la escuela. Para nuestra gente no había domingos ni fiestas. Vivíamos en un invierno interminable. Hasta que un rayo de luz que no venía de los de arriba, sino del pueblo, nos devolvió la posibilidad de trabajar sin ser explotados, la dignidad de disfrutar nuestra libertad y la esperanza de una justicia social.

Adelina levantó las cejas y frunció sus labios en un gesto de desprecio.

—Lo que les dio el tirano es la libertad de trabajar cada vez menos, de holgazanear los domingos, de exigir vacaciones, de robar lo que las familias argentinas de bien han conseguido con sudor y sacrificio. Cuando vos hablás de mi familia, hacés referencia a los próceres que han construido una nación desde el desierto. Cuando tu lengua sostiene que no nos importan los niños pobres, te olvidás de que todos los años, cada dos de octubre, mujeres como yo salimos a las calles a pedir contribuciones para las crías que ustedes abandonan a diario a la buena de Dios, o a la piadosa limosna de gente como nosotros.

Adelina elevó su mentón, con ese aire de superioridad que mostraba frente a la servidumbre. Apoyó el codo derecho en el dorso de

su mano izquierda, le dio una profunda pitada a su cigarrillo y perdió la mirada, por encima de la cabeza de Ramona, a través del ancho ventanal de su alcoba, desparramándola por los extensos jardines de su residencia.

Ramona inspiró con la intención de responderle, pero cayó en la cuenta de que era en vano. Los proyectos de país que cada una sostenía, las hacía hablar dos idiomas desiguales.

—Bien, el silencio es la respuesta más sabia cuando falta la razón. Andá, chiquita, seguí con tu trabajo. Que valga la pena el sueldo que te pago.

Ramona tomó la bandeja con el té intacto y aún tibio, giró sobre sus talones y se retiró del cuarto de su patrona, no sin antes, sin que aquella se diese cuenta, sacudirse el polvo de sus zapatos bajos, como dictaba el evangelio.

Esa misma noche, el patrón, Lisandro, recibiría en la residencia a un grupo de amigos militares, Benjamín, Guillermo, Samuel y Vicente, que llegarían junto a sus esposas, con las que Adelina disfrutaría intercambiar, en tono de burla, el entredicho que había tenido con una de las del servicio doméstico.

El veintiocho de septiembre, un intento de golpe militar frustrado sacudió el espíritu de quienes habían visto mejorar sus condiciones de vida con el gobierno de Perón. Ramona sabía, por las fotos en los periódicos, que aquella sedición había sido protagonizada por los camaradas del patrón. La invadió el miedo. La oligarquía, como Leviatán, se negaba a morir, y ningún derecho conquistado parecía inamovible.

Habían transcurrido dos meses desde aquella discusión con su patrona y, como cada día, volvía a llevarle el desayuno, pero esta vez, como en un descuido, sobre la bandeja de plata, se asomaba un ejemplar del "Democracia" que reproducía un mensaje de esa mujer que las mantenía en extremos opuestos del sentimiento.

Adelina, enfundada en una bata morada con mangas tres cuartos rematadas en lechosa puntilla, fumaba sentada sobre un sillón de caoba estilo imperio cuyos brazos tenían las formas de las alas del

águila napoleónica y sus patas delanteras llevaban talladas, en bajo relieve, hojas de laurel doradas.

Adelina, cual reina de un castillo asediado por la chusma, impotente ante la revolución de los plebeyos, leyó la frase en voz alta, que como un manifiesto popular, aparecía en letras de molde:

“No votar a Perón es, para un argentino, traicionar al país”.

La mujer arrojó, con fuerza, el impreso al piso alfombrado.

—¿Cuándo se acabará esta infamia? ¿Ni aún acosada por la enfermedad piensa descansar, esa actriz de mala muerte?

Ramona no pudo contener una curva sutil en sus labios, sentía en su boca el dulzor de la venganza: —Disculpe, señora, no me percaté de que había quedado el periódico bajo el cloché.

—Es seguro que vos vas a votar al fascista, ¿no es así?

Ramona achinó los ojos. Adelina odiaba la mirada alargada de Ramona, su piel marrón, su pelo negro lacio y su tonada de provincia, ese dialecto que percibía más cercano a una lengua india que al castellano.

—Voy a votar por primera vez, señora, y eso es importante. También usted podrá hacerlo gracias a Evita.

La vena azul que atravesaba la frente de Adelina latía a contratiempo de su respiración entrecortada.

—Las mujeres de bien no fuimos creadas para entrometeros en las cosas políticas. Nosotras pertenecemos al hogar, al cuidado de los niños.

Ramona permaneció impasible, su cuello, una columna de ébano mantenía su mirada y su orgullo altivo. Al fin, respondió: —Será por eso que las mujeres de bien no pueden saber si el señor Presidente es o no un fascista. Tal vez deban dejarnos esa decisión a las mujeres del pueblo.

El rostro de Adelina se desencajó. No supo qué responder.

Se puso de pie. Encendió un cigarrillo.

—Te mandé a llamar, Ramona, porque ahora, que estoy embarazada, voy a necesitar un poco más de ayuda. Sé que tenés hijos.

—Dos, señora. Un niño y una niña.

—Bien, espero que tengas dónde ubicarlos por un tiempo, que puedas dejarlos al cuidado de alguien, porque voy a necesitarte las veinticuatro horas.

Ramona balbuceó: —Es que yo he venido desde Tucumán hace dos años, señora. Estoy en esta ciudad con mi esposo, mi anciana madre y los chicos. Mis hermanas no se encuentran aquí.

—Cuánto lo siento. Si no lograrás resolverlo, voy a tener que prescindir de tus servicios.

Ramona no podía perder este puesto. No sabía que decir, su esposo, a quien le gustaba pasar más tiempo en el bar que buscando trabajo, no cuidaría de los niños. Se negaría a hacerlo. Él también creía, como su patrona, que esos eran asuntos de mujeres.

Pensó en Rosa, esa señora que trabajaba en la unidad básica del barrio y que los visitaba todas las semanas. Ella ayudaría a su madre con los chicos. ¡Si siempre se ofrecía a cuidarlos! Pensó, además, que podría hacerles una visita cada vez que la patrona se marchara de la casona, o que conseguiría encontrarse con ellos, aunque sea unos minutos, cuando tuviese que hacer las compras.

—Ramona, necesito una respuesta ahora mismo.

—Acepto, señora. Me hace falta el trabajo.

Adelina dibujó en su rostro media sonrisa. Lanzó una última pitada a su cigarrillo y agregó: —Bien, haremos los arreglos para que te instales en la estancia conmigo, entonces.

La sangre de Ramona se heló. La estancia se encontraba en el sur de la provincia de Buenos Aires, a setecientos kilómetros de la ciudad. No podría ver a sus niños hasta que el embarazo hubiese concluido.

—Nos vamos antes de las elecciones, Ramona, no deseo que mi hijo nazca tan cerca de la tiranía peronista.

Ni la satisfacción de votar por primera vez, le permitió su patrona.

Ramona dejó a su madre al cuidado de los chicos. Rosa prometió velar para que nada les falte. Su esposo sólo le preguntó cómo haría para hacerle llegar dinero, no eran un matrimonio feliz. Ramona le prometió que cada semana lo enviaría, junto a una postal, por correo.

En el sur, los recibió la pequeña estación Fortín Uno, que destacaba, perdida en el medio de la nada, por el color ocre de sus ladrillos, sus tejas brillantes, y el verde intenso de sus puertas de madera, pintadas con laca. Desde esta, la familia Lastra Ortiz llevaba sus reses hasta el frigorífico Sansinena, cercano al puerto de Cuatrerros, en la localidad de General Daniel Cerri, para exportar la carne congelada, hasta Liverpool, Inglaterra, en buques de nueve metros de calado.

El aire gélido de aquel descampado le aguijoneaba el cuerpo.

Arturo, el peón de la estancia, las recogió en una camioneta Ford pick up de color marrón claro.

Adelina aguardó a que Arturo le abriera la puerta para apearse en la camioneta, pero no permitió que Ramona viajara con ellos en la cabina. La hizo montarse en la caja junto a las valijas y demás bártulos.

Ramona nunca había sentido un frío tan intenso. En Tucumán, el calor sofocaba, pero ella y sus hermanas solían refrescarse en las aguas del lago San Miguel. Acá, en el sur, el filo del viento le ajaba las mejillas. Ramona lloró por segunda vez en su vida. La primera fue cuando la ultrajaron cerca de su ranchada, a unos veinte kilómetros del ingenio azucarero. Los hijos de los propietarios de La Florida salían, a veces, en busca de mozuelas, en una cacería humana y deshumanizante al mismo tiempo.

Su madre la había encontrado deambulando por el campo, sus ropas rasgadas, su rostro, brazos y piernas cubiertos de moretones, su espalda lacerada por las filosas lajas, su alma hecha jirones. La mujer no le había preguntado nada, sólo la abrazó como nunca antes. Y, en su rancho, mientras sus hermanas permanecían afuera, de pie, frente a la puerta de lapacho rosado, como en una penitencia, la bañó en silencio. Un baño tibio y amoroso, deteniendo su mano jabonosa en cada una de sus heridas, besando dulcemente sus cabellos mojados, mientras los peinaba y trenzaba nuevamente. No hablaron con nadie de lo sucedido. ¿En qué comisaría les tomarían una declaración en contra del poder?

En ese instante, montada en la caja de aquella camioneta que atravesaba la yerma Patagonia, Ramona volvió a sentir un nuevo ultraje de manos de los poderosos.

El tiempo transcurrió al ritmo de las arduas tareas de campo. Una tarde de julio, el casco de estancia comenzó a latir al compás de la respiración rítmica de Adelina, a punto de dar a luz.

El patrón, que se encontraba de viaje por Europa, había hecho venir desde el policlínico de Bahía Blanca a un doctor y a dos enfermeras, a las que se sumó Celia, la partera de la zona, una comadrona gruesa, de cabello oscuro y sonrisa rauda. A Ramona, esa mujer le recordaba a su madre.

Celia agitaba sus caderas con cada uno de sus pasos decididos, mientras preparaba la habitación para la llegada de la criatura: La cama de dos plazas impoluta, una jofaina de exquisita cerámica y su jarra con agua caliente, unas toallas limpias, unas tijeras, alcohol y yodo. Pero, Celia, hoy se mostraba adusta, no compartía, como era habitual, su sonrisa desdentada.

—No es un buen día— Celia le dirigió esas palabras a Ramona, que nunca había hablado con ella, aun cuando se saludaban amigablemente cada vez que la casualidad las cruzaba en el almacén de ramos generales. —Ayer se murió Ana en labor de parto. No pude salvarla. Tuve que sacarle a la criatura de las entrañas porque había quedado atascada. El doctor, que su esposo fue a buscar al pueblo, nunca llegó. Pobre Ana, dejó a su cría con el llanto suspendido en la garganta en aquel rancho olvidado por Dios.

Ramona se sostuvo el pecho con la mano, como si la angustia le atravesara el esternón.

—¿Y qué va a pasar con esa niña?

Celia extrajo un pañuelo blanco de su delantal y se enjugó las lágrimas.

—La puse en el pecho de su madre muerta para que se alimente un poco. Y cuando el marido llegó, me la entregó para llevarla a mi rancho. Dijo que no la quiere, que la odia por haber provocado

la muerte de su esposa. Ahora esa criatura duerme en mi cama en brazos de mi nieta, sin cuna ni ajuar. Pero no voy a poder tenerla. Yo ya soy vieja y mi nieta se marcha a Bahía Blanca en unos días. Va a estudiar enfermería, becada por la Fundación. Mañana mismo llevaré a ese bebé con el cura, para que lo ubique en alguno de los hogares escuela. Ni nombre quise ponerle, para no tomarle cariño. Si el doctor hubiese llegado, quizás Ana, hoy, estaría viva. Y ahora, mire a su alrededor, Ramona, en esta estancia, el dinero ha sabido atraer, a tiempo y en exceso, la atención que a otros les es negada.

Ramona cobijó las manos de Celia entre las suyas. —No siempre será así. La taba se está dando vuelta. Tengo esperanza.

Celia la observó con una sombra en la mirada: —Lo que no tenemos los humildes es tiempo. La garra de la oligarquía no descansa y, cuando pueda, asestará el golpe.

Las enfermeras, ajenas a la conversación de las mujeres, habían colocado un perchero de metal y una botella invertida de solución, quizás el doctor creyese necesario conectar a Adelina a aquel elixir.

Ramona, que preparaba el moisés, con su sabanilla blanquísima, pudo ver en la etiqueta del suero fisiológico la efigie de Evita. Ese insumo médico, que sostendría la vida de la patrona, venía de la mujer que, aquella, tanto odiaba, así como la formación y la dedicación de las enfermeras que ahora colocaban, con dulzura, un par de almohadas detrás de su cabeza. Ramona se preguntó si el gobierno del pueblo, para hacer un poco de justicia, no debería excluir a aquellos que generaron la exclusión y la desigualdad.

La luz en el interior de la estancia, que aún no contaba con red eléctrica, nacía al calor del combustible de las lámparas y las llamas de las velas, mientras la tarde caía en los brazos abiertos de un horizonte inabarcable.

Celia había encendido la radio del comedor y flotó en el aire la estridente voz de Alberto Castillo “¡Así se baila el tango!, sintiendo en la cara la sangre que sube a cada compás”.

La comadrona se dirigió a Ramona con complicidad: —¡Qué saben los pitucos! ¿No es cierto?

Ramona sonrió como única respuesta. Una media sonrisa que quedó suspendida en la atmósfera espesa de la estancia.

El grito de Adelina que entraba en labor de parto cortó el rítmico llanto del bandoneón y las obligó a acudir a la sala improvisada en el cuarto contiguo.

Adelina respiraba agitada. Cada contracción era una onda de dolor que nacía de sus caderas y se expandía, atravesando su cuerpo como la furia piroclástica de un volcán en erupción. El suplicio hacía que una de las enfermeras tuviese que secarle el sudor constantemente.

El médico comenzó a impartir órdenes a diestra y siniestra, incluso a la parturienta que solo podía responder a los espasmos que sufría.

—Pujá, mamita. Dale que si no hacés fuerza la criatura no nace.

Celia, que observaba todo con la serenidad de quien había vivido mil partos se dirigió al doctor: —Ese bebé viene de nalgas.

El hombre, herido en su masculinidad, le gruñó: —¡Qué sabe usted si ni siquiera ha terminado la escuela primaria! La madre tiene que pujar—. Celia dio un paso atrás como siempre lo hacía frente al atropello de la autoridad. Adelina gritaba. Cada uno de sus alaridos desgarraba, a contratiempo, los acordes del tango que cantaba la radio.

—¿Qué hacemos doctor?—. Una de las enfermeras, impotente, se acercó a aquel hombre que ahora introducía su mano en la vagina de Adelina para descubrir, a través del tacto, la posición del infante. —Viene de nalgas, ¿no doctor? La partera tenía razón. Hay que darlo vuelta.

El médico se arrepintió de haberse dejado convencer de atender este parto fuera del policlínico, pero el dinero puede más que cualquier razonamiento y ahora debía mostrar que tenía la pericia por la que el esposo de Adelina había pagado con creces. —¡Callate, pelotuda! Yo sé lo que hago.

El hombre intentó girar al pequeño. La parturienta, no soportó más y perdió el conocimiento. Una de las enfermeras tomó una gaza embebida en alcanfor para colocarla debajo de la nariz de Adelina

con la intención de que despertase, pero esta no respondía, ni al fortísimo aroma, ni a las palmadas a tempo prestissimo que la muchacha le propinaba en la mejilla.

Celia avanzó hacia la cama, decidida. —No habré terminado la escuela primaria, pero sé lo que se siente un parto y traje más pibes al mundo que usted. Hágase a un lado que va a estrangular al bebé.

—Si la mujer se muere es tu culpa—. El médico se apartaba. Su delantal era una obra sanguinolenta de Pollock.

—Esta mujer se llama Adelina. Ese es su nombre. Y yo seré quien salve su vida y la de su cría.

Celia apartó de un empujón al médico y comenzó a presionar el vientre de Adelina con ambas manos intentando rotar a la criatura. Una de las enfermeras conectó el suero al brazo de la mujer y le inyectó un relajante muscular.

Transcurridos unos veinte minutos, el bebé ya coronaba. La otra enfermera colocó sus puños sobre el estómago de Adelina ejerciendo presión, mientras Celia tomaba aquella cabecita con ambas manos.

—Es un niño—. El llanto, como el vapor que escapa de una olla sellada, liberó la presión en ese cuarto. Adelina no se recomponía. Celia se llevó al pequeño para lavarlo y prepararlo. —Que no haya un segundo huérfano —murmuró para sí.

El tango detuvo su marcha, el sonido de la estática de la radio imprimió a la escena una angustia sobrecogedora.

—Su pulso es fuerte —dijo una de las enfermeras, con sus dedos índice y mayor apoyados en la muñeca de Adelina. El médico, que hasta ese momento había permanecido en un rincón de la habitación, realizó una inspiración profunda y se acercó para auscultar a la paciente.

Una voz masculina desde la radio declamaba con una neutralidad impostada: —Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que a las veinte veinticinco horas ha fallecido la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación.

Las enfermeras, en un gesto irrefrenable de asombro, cubrieron sus bocas con ambas manos. Adelina volvía de las sombras por los filamentos de la conciencia. Celia, con el niño aún en brazos, rompió a llorar con desconsuelo. A Ramona se le anudó el pecho y ese nudo era lo único que la sostenía en el centro de un espacio donde ni el piso ni el techo parecían mantenerse quietos.

Ramona tragó saliva y, tomando coraje, imitando a su amada Evita, cortó el silencio: —Celia, querida, este día ya no soporta otra injusticia. Decile a Arturo que te lleve al rancho en la camioneta y traigan a la niña sin nombre—. Y dirigiéndose al doctor añadió: —Esta mujer ha parido mellizos. Usted firmará hoy dos actas de nacimiento y nadie hablará jamás de lo sucedido, en compensación por su impericia. De lo contrario llegará a oídos del patrón que, por poco, deja morir a su esposa, y que tuvo que socorrerlo una partera de pueblo. Usted sabe que, Don Lisandro es un hombre tan rencoroso como poderoso—. Las enfermeras observaban al médico sin inclinar su cabeza. En sus miradas desafiantes se entendía que apoyaban la orden de Ramona. El hombre asintió.

Esa noche Adelina, ya recuperada, amamantaba a dos infantes. Un niño y una niña, a quienes les dio un apellido oligarca, y con él la seguridad de que no sufrirían escasez de ningún tipo.

Ramona había podido salvar a una de los suyos y eso era suficiente en una Argentina que, de un golpe, arrancaría el legado de una mujer, que no había logrado asestarles la estocada mortal a los especuladores y a los vendepatria.



Una canción

Desde que se fue tu luz un sol de julio
los obreros nos quedamos sin la madre,
enredados en el sueño inalcanzable
de una Patria, que no acaba de sanar.
Se pudrieron tus coronas en las calles
sepultando la bravura de tus hijos.
Perseguidos por el odio y la codicia,
desterrados y hasta desaparecidos.

Hoy te escribo desde mi presente, Evita,
para poderte decir: no será en vano
tanta lucha, a pesar que lo parezca,
en la historia transcurrida entre los dos.
Tengo fe, querida Evita, que esta tierra,
abonada con la sangre de tus hijos,
parirá hombres y mujeres que serán
los millones en que vos regresarás.

Donde hay necesidad nace un derecho.
Evita, de los pobres, tu voz aún quema en el viento
Donde hay necesidad nace un derecho.
Evita, de los pobres, tu sueño grita en el pecho.

APÉNDICE

La Descamisada

Evita y vos frente a frente

- Teatro -

Personajes:

Evita

ACTO 1

La luz se posa sobre un antiguo y pesado escritorio de madera oscura sobre el que destacan los brillos de las filigranas doradas. Lo preside un lapicero art nouveau y un portarretratos que abraza una foto de Perón que mira al espectador mostrando su amplia sonrisa. Una pila de papeles y sobres se desparraman con calculado desorden sobre la escribanía, mientras que una mezcla variopinta de encomiendas parece brotar del piso.

Muñecas antiguas y pelotas se apilan delante del viejo mueble.

El sol de la bandera argentina colocada sobre un mástil de pie, amanece al fondo de la escena, en equilibrado diálogo con un perchero de retorcidos brazos que se alza, sobre el lateral opuesto. El resto se encuentra en penumbras.

ESCENA 1

Sonido de tipeo sobre máquinas de escribir

Evita ingresando por una de las patas.

Voz del Pueblo en off corea "Evita, Evita", ahogando el sonido de los teclados y los rodillos.

Evita, saluda con un gesto de mano y una amplia sonrisa

(Pausa.)

Las voces y los sonidos se van silenciando.

Evita: *(Habla hacia uno de los laterales mientras se despoja de su abrigo y su sombrero.)* ¡Dejate de romper las pelotas Nélide!

¿Qué voy a hacer en la residencia? ¿Tomar un té con las viejas de la Sociedad de Beneficencia?

(Con sutil ironía.) Tenés razón, les disolví la Sociedad. ¡Viejas conchudas! *(Se ríe.)*

Me río de la cara que ponés, Nélide. Como si nunca hubieses escuchado la palabra "conchuda" *(saborea cada una de las letras de este vocablo. Al fin ríe otra vez.)*

Prefiero tomarme un té con vos. Vos no sos tan conchuda, Nélide.

Sí, sí *(escudriñando algunos papeles)*. Ya sé que Juan no quiere que venga a trabajar tan temprano. ¿Desde cuándo sos espía de Perón vos? ¡Dejate de joder y trae té para las dos que tengo languidez!

(Aún de pie intenta llegar a su sillón. Se marea un poco. Trastabilla. Intenta disimular el dolor.)

La puta que lo parió. ¡La puta que lo parió! Hay que hacer tantas cosas y este cuerpo que me juega esta mala pasada, che. *(Se recompone. Avergonzada de su propio dolor cambia de tema)* ¿Ya prepararon las maderas?

Hay un montón de madres con sus criaturas esperando. ¡Con este frío! ¡La puta que los parió! ¡¿Cuántas veces tengo que repetir que las maderas tienen que estar listas y repartidas a esta hora?! ¡¿Son todos unos pelotudos o no les interesa la gente, che?! Decile a Raúl,

el radical ese de la sexta, que las prepare. No, no le hago preparar las mamaderas a él porque sea radical. Es porque las hace bien y rápido.

Si hay dos cosas que odio más son: el llanto de los pibes y el parloteo de los burócratas.

(Evita rememora. Su tono se vuelve afable.)

El otro día volvió Rosa. ¿Te acordás de Rosita? *(con ternura)* Sí, la vieja que apareció una vez pidiendo una máquina de coser. Bueno, volvió, para pedir otra.

El pelotudo de Alberto no la quería hacer pasar porque *(como citándolo)* “ya le habíamos dado una máquina hacía unos días”. Decime, ¿qué le pasa a Alberto? ¿Qué tiene memoria fotográfica ahora? No se acuerda ni de la cara de los hijos y ¿se va a acordar de la cara de esa abuela? *(Pausa como si alguien le respondiese.)*

(Con ironía) ¿Vos decís que no se acuerda de la cara de sus hijos por mi culpa? ¿Porque yo lo hago trabajar veinte horas al día? *(Pausa. Hojea una revista de época donde aparece la fotografía de Niní Marshall.)*

(Con complicidad) Ah, te reís en mi cara ¿Sos capo cómica ahora Nélide? ¿Sos Niní Marshall? Mirá dónde terminó la Marshall *(pronuncia el nombre con un exagerado acento inglés)* por reírse de mí. *(Alza la revista como un estandarte de guerra.)*

No te preocupes, vos no sos la Marshall y a mí ya no me preocupan que me digan prostituta. *(Dirigiéndose al figurín de Niní Marshall)* Me dicen cosas peores a esta altura.

De todas formas, como a la Marshall, a Alberto, lo puse en su lugar.

“Mirá Alberto”, le dije, “que le lleven a la señora otra máquina de coser de las nuevas, y acordate de que a los pobres, la oligarquía siempre les negó todo. ¿Nosotros les vamos a seguir negando lo que necesitan?” *(Pausa.)* “Y después de todo está pidiendo una herramienta de laburo, Alberto. Vos me salís más caro que una máquina de coser. Si te despido, puedo regalar unas cuantas más todos los meses”.

(En tono jocoso, como quien comparte un chisme con alguien cercano) Helado se quedó Alberto. Tendrías que haberle visto los ojitos como canicas celestes. *(Ríe con estridencia. Se divierte)* Se le salían de

sus órbitas. Y le empezó a temblar la boca. Movía el bigote para todos lados. Un muñequito con resorte, parecía ese bigote. *(Se pone seria.)*

¿Pero cómo lo voy a despedir, Nélica? Tan hija de puta no soy.

(Mira al vacío, como esperando respuesta. El aire exhala complicidad.)

Que no me respondas es como reafirmar, qué pensás, que soy bastante hija de puta. *(Pausa.)* No, dejá, ahora no la quieras arreglar.

Nélica, ¿sabés que tenés razón? Sobre lo de hija de puta y también sobre que yo los hago laburar como mulas a todos ustedes. Pero te cuento que los peronistas vamos a descansar en algún momento. ¿Sabés cuándo? Cuando no haya ningún trabajador explotado por los empresarios vende patria, cuando todas las familias tengan su techo. Ahí te voy a llevar conmigo de vacaciones. *(Sonríe entusiasmada. Sus ojos se iluminan de una ternura esperanzadora)* ¿Sabés donde podríamos ir? *(Pausa.)*

(Corrigiéndola como en un reto amable.) ¡No, Nélica! Al Vaticano van los oligarcas que necesitan el perdón de Su Santidad, porque Jesús les da vuelta la cara en las catedrales. Nosotras vamos a ir a Chapadmalal, *(resurge su mirada esperanzadora)* a tomar unos mates frente a la inmensidad del mar, rodeadas de los descamisados, que para ellos construimos los nueve hoteles. *(Pausa. Cae en la cuenta de que no todos los argentinos conocen el mar. Su infancia en Los Toldos y su adolescencia en Junín nunca lo contemplaron.)* ¿Alguna vez viste el mar, Nélica?

(Pausa.) Recuerdo cuando me recibieron con un servicio de té en el hotel número tres. ¡Repleto de pibes estaba el salón! *(Rememora. Es un recuerdo que la abraza.)*

Cuando elegí ser Evita, elegí el camino de mi pueblo, y el pueblo quiere descansar en la playa, en patas, Nélica. Y yo lo sé porque vengo de ahí, de la pobreza, que en esa época era una pobreza sin Perón. *(Un sabor amargo invade su memoria.)* ¡Imagínate lo que era eso!

(Se ilumina un rincón del escenario antes oscuro, que se halla a mitad de camino entre el escritorio y el perchero de pie. Allí se ve un servicio de té sobre una delicada mesita. Evita alza la tetera y se sirve.)

Fin de escena 1

ESCENA 2

(Evita coloca la taza de té humeante sobre su escritorio y se dispone a trabajar.)

Evita: Decile a Alberto que haga pasar al primero. Que pase la señora que está con las dos criaturas colgando de la pollera. *(Pausa.)*

Ya sé que el señor Saraste está esperando desde temprano, pero el pueblo también esperó bastante y la gente como ese señor Saraste nada les dio jamás. *(La detiene un pensamiento fugaz.)*

¿Sabés qué? Mejor hacelo pasar. ¿Este es el dueño de la mueblería que nos mandó las camas de mierda? *(La invade un enojo incontenible.)* Claro, como los pobres no tienen cama, que duerman en una de mierda.

(Comienza a escribir. Garabatea, quizás para controlar sus emociones. Parece molesta, aunque intenta mostrar desinterés.)

Pase, pase Saraste.

(Sin levantar la vista.)

Tome asiento. Aguarde que estoy con unos numeritos. *(Hace un largo silencio. Pregunta en tono de inocencia, como si recién se enterase.)* ¿Sabía usted que esta fundación lleva repartidos tres millones de libros, juguetes, máquinas de coser, bicicletas y prendas de vestir para los niños de todo el país? *(Aguarda una respuesta.)*

No, seguramente no lo sabía porque los niños no son de su interés, señor Saraste. *(Con ironía.)* Como los niños no compran muebles.

Aguarde, seguramente tengo algún otro dato que le puede interesar. *(Rebusca entre sus papeles un dato que ya sabe de memoria.)*

Cuarenta y cinco mil trescientas veinticuatro personas recibieron trabajo y vivienda en un año. Claro, *(como alguien que cae en la cuenta de que ha dicho una sonsera)* pero este dato tampoco le interesa porque esas personas eran indigentes en su mayoría, y jamás *(ríe en tono burlón)* hubieran podido comprar sus muebles, señor Saraste.

Pero, por acá, por acá, seguramente, podamos hallar algún dato de su interés *(Vuelve a sus papeles y se hunde por un segundo en ellos.)*

¡Aquí está! *(como un triunfo)* Sesenta mil ciento ochenta personas fueron atendidas, al año de haberse habilitado nuestro primer Hogar de Tránsito. Y, *(pausa para enfatizar su próxima frase)* construimos tres hogares de tránsito más, señor Saraste. Con un total de mil ciento cincuenta camas *(recalca la palabra camas, el nudo de esta reunión)* para dar un amparo momentáneo a los que no tienen hogar. *(Estalla en risas.)* Y, resulta que ahora me doy cuenta, que esto tampoco le interesa, porque los sin hogar, los sin hogar no tienen muebles, señor Saraste. *(Corta su risa y cambia el semblante. Su rostro se torna frío como el de una diosa griega encerrada en el níveo mármol.)*

Ah, sí... las camas. Eso le incumbe. Usted dice fabricar camas, y en su generosidad nos donó un gran lote de leña para hacer asado. Leña con forma de camas, porque para eso sólo sirven sus camas-tros, señor Saraste.

No, no. *(Con calculada ironía.)* No intente explicar absolutamente nada. Seguramente me va a decir que fue su gerente quien no supervisó la fabricación, o mejor aún *(pretende darle una solución)* ¿por qué no acordamos que la culpa es de la escasa mano de obra que posee su empresa para hacer frente a nuestro pedido? Sí, digamos eso y hagamos borrón y cuenta nueva, señor Saraste. ¿Qué le parece? *(Su rostro ha demudado. Se vuelve adusto.)*

Echémosle la culpa a los obreros. Total, ustedes suelen hacer eso ¡siempre!

(Retoma el trato irónico.)

¿Conoce usted a Licurgo, señor Saraste?

(Con sorna, pretendiendo complacencia.)

No, no. No es ningún ministro de Industria.

Disculpe mi impertinencia. No pretendo dictarle una clase de historia, pero esta anécdota ilustra nuestra conversación a la perfección.

Licurgo era legislador de Esparta. *(Como interrumpiendo.)*

Sí, sí. La ciudad de Grecia. Bien. Yo sostengo que Licurgo es el precursor del Justicialismo. *(Pausa.)* Sí, así como lo escucha. Varios siglos antes que naciera Perón, ¿Licurgo ya era Peronista! ¿Sabe por qué?

Licurgo, no sólo declaró que la tierra es de quienes la trabajan, repartiéndola entre los trabajadores, sino que también decretó que todas las puertas fuesen iguales. Parece una sonsera, pero de esa manera comenzaba a destruir el distingo de clases en su sociedad.

Por esto, yo afirmo que, ¡Licurgo era Justicialista!

(Descarga una mirada fulminante hacia el lugar donde se encontraría su interlocutor.)

¡Porque no hay Justicialismo si los ricos duermen en buenas camas y los pobres en camas de mierda, señor Saraste!

Sepa disculpar mi exabrupto, pero ninguna otra palabra define mejor las camas que usted nos donó.

Bien, ¿en qué estábamos? Sí. En que la culpa de este error involuntario era de su mano de obra poco calificada. *(Interpreta un momento fingido de difícil reflexión.)* Por esto, yo considero que va a ser necesario *(decreta, como lo haría Licurgo)* que tome cincuenta personas más en su fábrica, y que los capaciten con goce de sueldo a su coste, señor Saraste.

No se preocupe *(con ironía)*, está invirtiendo en mano de obra para el crecimiento de su propia empresa.

Por supuesto que, al término de esos dos meses, aguardamos su nueva donación de camas.

Sé que esto no le generará ningún conflicto ni atasco económico, señor Saraste. Acérquese un poco. *(Baja el tono de voz como si lo que está por afirmar se tratase de un secreto.)* Me informaron del Banco Central que usted tiene varios cientos de miles en moneda extranjera. ¡Bueno, utilice eso para mejorar su fábrica y para el bien del país! Estoy segura de que su gran espíritu capitalista va a crear riqueza en nuestra patria, señor Saraste. *(Su tono se torna severo.)* Pero la distribución de esa riqueza entre los obreros y usted va a resultar siempre injusta si lo dejamos a su criterio, Saraste.

Damos por terminada la entrevista. Disculpe que no lo convidé con algo para beber. Supuse que usted es una persona muy ocupada para perder tiempo en estas nimiedades. Pero lo resolvimos rápidamente, ¿no es así?

Sabe por dónde está la salida. Gracias por venir, señor Soreste (*Confunde su nombre a propósito*). Disculpe, quise decir Sa ras te (*Lo deletrea. Se habla a sí misma*.) Soreste, Saraste suenan y huelen casi igual.

(*Hace un silencio y permanece con la mirada fija, como observando a alguien alejarse.*)

Creo que disfruto demasiado estas cosas. (*Declama en voz muy alta como queriendo ser escuchada por ese empresario que se aleja.*) ¡Más abominable aún que los imperialistas yanquis son los hombres de esta oligarquía que se entregan vendiendo, y hasta a veces regalando por monedas o por sonrisas, la felicidad de su pueblo!

Nélida, (*con complicidad*) sé que te estás riendo, te escucho. Vos también gozas cuando ves a estos viejos soretes cómo sudan frío. (*Como si hubiese sido corregida en su expresión.*) Sí, sí, ya sé. Saraste, Saraste.

Nélida, ¡te acabo de regalar un orgasmo!, el próximo te lo cobro. No te hagas la puritana que algún orgasmo seguro has tenido, y si no tuviste ninguno, empezé a tenerlos.

(*Se acerca hacia una radio. La enciende. Suena el final de un tango de época. La voz de un locutor anuncia.*)

Off locutor: La ciudad infantil obra milagrosa surgida de las manos de un hada. Todos los días llegan a ella niños y más niños a gozar de los encantos de esta sociedad liliputiense en la que todos son ciudadanos y propietarios. Porque la ciudad infantil es de los niños y para todos los niños.

(*Evita acomoda sobre el escritorio un pan dulce y una sidra de su Fundación. La luz se vuelve tenue.*)

Fin de escena 2

ESCENA 3

Evita: *(Al público. Se nota su satisfacción en el color de su voz)* Se fue bien chiquito ese Saraste. ¡Vende patria! ¿Saben cómo los reconozco, compañeros? Porque me llaman Señora de Perón. ¡Señora de Perón! Sólo el pueblo me llama Evita y en ese diminutivo comprendo que me sienten suya.

Si me preguntan qué prefiero: me gusta más mi nombre de pueblo. Cuando un pibe me nombra Evita, me siento madre de todos los pibes. Cuando un obrero me llama Evita, me siento su compañera. No sé cómo explicarlo.

¿Saben? Cuando recién nos conocimos con Juan, la mayoría de los hombres que lo rodeaban entonces creyeron que yo no era más que una simple aventurera.

¡Mediocres, al fin! Ellos no habían sabido sentir como yo, quemando mi alma, el fuego de Perón, su grandeza y su bondad, sus sueños y sus ideales. Ellos creyeron que yo “calculaba” con Juan, porque medían mi vida con la vara pequeña de sus almas.

Pero yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle. Por eso no me deslumbró jamás la grandeza del poder y pude ver sus miserias. Por eso nunca me olvidé de las miserias de mi pueblo y pude ver sus grandezas.

(Se emociona. Pero sus sentimientos la vuelven enérgica, poderosa.) Cuando la Patria estaba hecha girones, convertida en bosta. Cuando en los hogares argentinos faltaba todo, cuando los trabajadores no podían llevar comida a la mesa. *(Interpela al público.)* ¿Se acuerda, compañero? Cuando los pibes estaban abandonados, como lo estaban los ancianos, y cuando no había más que desesperanza para los humildes y solo gozaban de felicidad cien putas familias oligarcas, surgió un hombre que, cansado de tanta injusticia y de ver sufrir a la patria dominada por capitales foráneos sin bandera, creó la Secretaría de Trabajo y Previsión para remediar tantos males. Y yo, esta Evita, voy a trabajar hasta la tumba por su proyecto de País. *(Pausa.)*

(Evita se apoya en el escritorio con ambas manos. Se toca el vientre. Su expresión es de dolor. Se encuentra al borde del llanto. Un suspiro, un sollozo que trasluce suplicio, angustia.)

Tengo tanto por hacer y este cuerpo no me responde como quisiera.

Juan y yo estamos gestando un pueblo nuevo, más fuerte, un pueblo invencible, y quizás estos dolores que tengo sean los dolores de parto de una Patria justa, libre y soberana.

¡Ay, la puta madre! *(El dolor la arrasa. Le pesa tanto que casi la deja en cucullas, pero se afirma a su escritorio como a una tabla durante un naufragio.)*

¡No, Nérida! ¡Ni se te ocurra llamar al doctor!

¡A Perón menos!, no seas pelotuda. *(Intenta recomponerse con las últimas fuerzas de su cuerpo casi agotado.)* Él no tiene tiempo para estas boludeces y yo necesito drenar toda la miseria en que nos hundieron los oligarcas y para eso cada segundo cuenta.

(Se recompone un poco.)

Que pase el próximo, Nérida.

(Evita se sienta)

Pase, por favor, con confianza. *(El tono de su voz se torna cálido.)* Tome asiento, señora. Sí, por aquí. Aquí frente a mí. Acérquese. Tome un poco de té. Coma de lo que hay sobre el escritorio, está servido para usted. Digamé en qué podemos ayudarla. Oh, ¿esto es para mí? ¿Quiere que lo lea? *(Eva extiende su mano y realiza un movimiento como para tomar un papel que se encuentra sobre su escritorio. Lo abre y lo lee en silencio. Se percibe su emoción, contenida a duras penas.)*

Señora, no... no... *(Duda sobre lo que debe decir.)*

(Silencio.)

(Como ordenando sus ideas, pero con firmeza.)

Debemos seguir haciendo lo que estamos haciendo, porque lo que no hagamos ahora puede quedar sin hacer.

(Se dirige a su interlocutora con la ternura de una madre que abraza a su hijo herido. Desea estar cerca de aquella mujer que ha venido a verla y así lo hace. Necesita apoyar sus palabras con el contacto físico.)

Pero usted viene a pedir algo que yo no puedo dar, no puedo devolverles la vida a aquellos cuerpos masacrados por el desprecio de la oligarquía. No puedo hacer eso.

El invierno ha sido demasiado largo y cruel en esta Argentina desgarrada por el viento y la llovizna, y la luz les ha sido negada tantas veces que se han acostumbrado a andar en la penumbra con los pies entumecidos. Pero le prometo que usted va a ser testigo de otro pueblo. *(Se entusiasma)* Un pueblo que cubrirá las calles y las plazas levantándose los unos a los otros, incluso cuando la llama que los guía se apague, porque les he encendido un sol en cada pecho y ese calor se mantendrá en ustedes para que los tiempos no vuelvan a ser cruentos.

No tengo el poder de devolver las vidas que ha perdido, pero deseo y puedo tomar su mano y rescatarla del naufragio.

Mientras más seamos los sobrevivientes, más seremos los soldados de Perón, mayor será la fuerza para hacer girar hacia el otro lado la pesada rueda de la Historia. No se deje ir, no desprecie lo que puedo darle porque no es lo que ha venido a pedir. *(Se mueve por su despacho como buscando lo que aquella mujer necesita.)*

Tome una casa y conviértala en un hogar peronista, tome una máquina de coser y una con ella las heridas de la Patria, tome esta sidra y este pan dulce *(le señala los dos objetos que momentos antes había colocado sobre su escritorio)* y sonría porque hasta eso nos habían robado. ¡Pero ahora ha llegado el tiempo de la alegría! El tiempo en que el pueblo unido triunfa sobre la tiranía aristocrática. Es importante, para mí, que los argentinos que nunca han podido disponer de una cama para dormir, la tengan ahora. Y más aún, que quienes han aprendido a dormir en una cama, jamás sean devueltos al duro suelo. No podemos construir una nueva nación con el estómago vacío, con el cuerpo enfermo, con el grito ahogado en llanto. ¡Póngase fuerte, levántese madrecita y enarbole mi bandera hasta la victoria!

(Evita parece acompañar el movimiento de alguien que se encuentra cerca de la silla siguiéndola hasta la salida.)

No pierda el camino de Perón, vaya a su barrio, a su pueblo, a su gente
y confírmeles que aquí me encontrarán siempre que me necesiten.
(*Silencio.*)

Fin de escena 3

ESCENA 4

(Evita gira sobre sus pasos y se dirige al escritorio. Rodea su sillón hasta ubicarse tras el respaldo.)

Evita: ¡Cuántas espaldas oligarcas y corruptas habrás cobijado en tu respaldo! Y ahora te tocó sostener la espalda escuálida de La Chola, de esta bastarda que pretende ser la Reina.

Y sí, viejo, *(le habla a su sillón, quizás el único que la ha sostenido a diario en su búsqueda de justicia social)* yo me crié en la miseria, y salí del lodazal donde los poderosos mantienen sumergidos a los pueblos americanos, y fui a sacudirme el barro en medio de sus salones y sus palacios. Pero mi corazón se quedó allí, entre mi gente, mis descamisados, mis obreros, mis compañeras. Porque una vez que el hambre te acalambra el estómago, querés comerte el mundo. Una vez que oíste llorar a mamá en un rincón porque no tiene nada para darte de comer, te nace un fuego abrazador en las entrañas que clama justicia.

(Pausa.)

¿Sabés lo que más les dolió a los vende patria? ¡Que les invadí la residencia!

¡A ellos, que les tienen asco a los pobres y a los enfermos!, una mujer pobre, una actriz de mala muerte se les sentó en el trono *(se sonríe)*. Y vi cómo se hincharon de odio. Allí descubrí que detrás de esa repulsión se esconde el miedo. Sí, las familias de alcurnia, de campo, los dobles apellidos, ¡los chupa culo de Europa y Estados Unidos tienen espanto a que los pueblos se subleven!

(Con sensualidad) Esta mujer se les sentó en el trono como una Reina. *(Estalla en carcajadas.)*

No hablo de vos, viejito. Vos no sos un trono, sos un sillón de oficina. A vos, los oligarcas te apoyan el culo por poco tiempo, no hacen como yo que vivo a tu sombra. *(Como si cayera en la cuenta de una realidad inalterable.)*

Y yo tampoco soy una Reina después de todo. Soy el sueño cumplido de los pobres. Pero los sueños suelen durar tan poco. *(Pequeña*

pausa.) Te necesito fuerte, viejo amigo, más fuerte que nunca. Deberás sostenerme. El pueblo me necesita, me invoca como un silbido sutil entre los labios. ¡Los escucho! Algunos no pueden nombrarme sin ser despreciados, sin ser despedidos por los patrones, o incluso sin perder la vida misma.

(Se encoleriza.)

¡Guay de los tibios que no alcanzan a ser Judas! ¡Tan repudiables como Pilatos!

Sí, prefiero al enemigo de frente, antes que a los tibios. ¡Los tibios me repugnan! A ellos les gusta andar sobre las cosas hechas, dirigentes políticos de las horas buenas. Funcionarios que se ponen el distintivo sólo cuando vienen a la Fundación o cuando van a Trabajo y Previsión. Pero el distintivo Justicialista aparece como un sello en la frente del que trabaja por el pueblo.

(Pausa. Se la nota agobiada.)

(Toma una muñeca de las que regalaba a las niñas. La acaricia, la peina con los dedos.)

Estoy cansada.

(Se quita los tacones.)

(Silencio.)

De chiquita deseaba con todo mi corazón arrullar entre mis brazos una muñeca como esta, que, ahora, con Perón, les regalamos a todas las niñas cada navidad. Pero mi vieja jamás hubiera podido comprarme una muñeca así, con la mísera ganancia de su oficio de costurera. *(Pausa. Recuerda con ternura.)* ¡Y se la pedí a los reyes, Nélide!

¡Mirá que ilusa que fui!

Les escribí una carta y la dejé encima de mis zapatitos junto a la ventana de casa. *(El recuerdo la embarga de una emoción de infancia.)* Esa noche no podía conciliar el sueño, Nélide. La ilusión me quemaba la sien. Hasta que, por fin, caí exhausta. *(Pausa.)*

Por la mañana me fue a despertar Erminda. ¡Dale chola, despiértate! ¡Llegaron los Reyes!

Salté de la cama (*emocionada*). Y de dos zancadas llegué hasta el comedor. ¡Qué maravilla, Nélide! Ahí estaba... Sobre mis zapatos, con un vestido precioso rebosante de puntillas y un moño rosa impecable. (*Su mirada se ilumina.*) La muñeca deseada.

La tomé entre mis manos para abrazarla (*Evita realiza el mismo gesto que describe con la muñeca que ha recogido previamente. La tristeza la embarga.*)

Tenía una pierna rota, Nélide. (*Pausa.*)

Mi mamá me explicó que en el viaje desde oriente los Reyes Magos la habían dejado caer del camello.

¡Me enfureció mucho el descuido de los reyes!, sin comprender que mamá la había conseguido a muy bajo precio y había cosido para ella ese precioso vestido. (*La invade el orgullo ante el recuerdo de su madre.*)

Mi vieja. ¡Qué mina de fierro! (*Hace una pausa para luego retomar el relato.*) Acuné, peiné y cuidé a esa muñeca como si fuese mi niña y cuando comprendí el origen de su lesión me prometí a mí misma que jamás se le negaría a ninguna madre de mi Patria el regalo para sus hijos.

(*Evita permanece absorta peinando a la muñeca con sus dedos por unos segundos. Mira al frente, se sorprende como si la hubiesen descubierto en su intimidad.*)

¿Quién sos vos pequeña? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Dónde está tu madre? ¿Te encuentras perdida? (*Se descubre descalza.*)

Disculpame, tengo que descalzarme a veces. Llevo varios años de pie.

No me has dicho tu nombre. (*Se acuclilla en proscenio, como si los espectadores y espectadoras fueran este pequeño personaje que ha venido a visitarla.*)

¿Patria? (*Evita se enternece.*) ¡Es un nombre hermoso!

Pero, no te pongas triste. ¿Por qué llorás, pequeña? ¿Alguien te ha hecho daño?

(*Silencio.*)

Me parte el corazón que estés así.

¿Pero qué estás diciendo? ¿Te han golpeado y ultrajado!? *(Se aviva su voz.)* ¿¡Quiénes han cometido esa atrocidad!?! *(Pausa como si alguien respondiese.)*

¿Tus hijos? ¿Qué has dicho? Repítemelo, por favor.

No comprendo. ¿De qué hijos hablás si vos sos sólo una niña?

(Silencio.)

(Evita mira a su alrededor. Busca a Nélide, nota que su secretaria y confidente no se encuentra con ella y que no ha estado allí desde hace mucho tiempo. Cae en la cuenta de que esta oficina a la que regresa, como en un loop atemporal, hace tiempo que ya no existe. Descubre que hace tiempo el pueblo que la ha llorado no la ha olvidado, y que, por eso, ha permanecido allí.)

Creo que ahora lo recuerdo, pequeña. No digas más. Calla, por favor.

Tus hijos lo hicieron porque han actuado con odio. Un profundo odio hacia Perón y la causa del pueblo.

(Con furia.)

¡Sí! Yo también actué con odio. Pero mi odio disparó contra los vende patria. Contra la mano del opresor. ¡Mi odio nació del amor a los de mi clase!

(Pausa.)

¡No! No me digas eso. Esto *(en referencia a su trabajo en esta oficina)* no es una venganza. Y si lo fuera, mi venganza hacia los poderosos fue justicia para mi pueblo.

(Pausa, como si la niña le respondiese. Evita clama con furia.)

Estás equivocada, esta dádiva fue una urgencia. Era necesario rescatar al enfermo y al moribundo, formar soldados de Perón que piensen y sientan como Perón. Mi pueblo ha comprendido que debe buscar la Libertad, la Independencia y la Justicia, y ya no se conformará jamás con las migajas de los ricos.

(Pausa.)

(Grita) ¡Estás mintiendo! *(Se desmorona, exhausta.)* ¡Decime, por favor, que todo esto no ha sido en vano! Decime que el pueblo es capaz

de ver el dolor en la mirada de los excluidos. ¡Que al menos puede ver al excluido!

(Evita llora.)

Ay, pueblo mío, no pudiste reconocerte en mis descamisados, en mis compañeras, desaparecidos, torturados. Arrojados sin nombre en fosas comunes. Olvidados en las entrañas de esta tierra que clama por su sangre. *(Pausa. Evita piensa y continúa como hablando consigo misma.)*

Los hombres. Los hombres siempre lo han destruido todo. No entienden el sufrimiento como nosotras. En su pragmatismo, no les importa la felicidad de los niños, de los ancianos. Su razonamiento político los lleva siempre a la guerra.

Los hombres destruyen todo con facilidad porque no saben lo que cuesta una vida, nosotras sí.

Ay, ay *(con desesperanza)*. ¡Pequeña, decime, por favor, que todo esto no ha sido en vano!

(Llora.)

(Se recompone lentamente. Al fin, enfurecida declama.)

¡Guay de los asesinos de mi pueblo, que movidos por la usura se han vuelto títeres del poder extranjero! Esta tierra, nuestra tierra clama por la sangre de sus hijos y llegará el momento en el que nuevamente parirá revolucionarios.

(Evita se recompone y más calmada se dirige hacia su escritorio.)

No voy a derramar más lágrimas, Patria mía, amiga. No hay tiempo para lamentarse, nunca lo hubo. No niego que algo nerviosa estoy, cosa que creo natural. Sé que no debería sufrir más, sé que quizás debería descansar de una vez por todas y depositar mi confianza en el pueblo. Quizás ya hayan crecido. Sé que debería dejar de tratarlos como si fuesen niños. Pero, tengo el espíritu de una madre que lucha. Ya sabés cómo soy.

¡Ve, pequeña! Ve a decirles a tus hijos que no me he ido, que aquí estoy. Me quedo donde ellos ya me habían hallado antes.

¡Ah! Deciles que me busquen, no estoy lejos. Deciles que voy a recibirlos a todos, uno por uno, para donarles, de corazón, la fuerza

que haga falta para hacer crecer de una vez y para siempre la Justicia Social en nuestra tierra.

(Las luces van atenuándose hasta que la figura de Evita queda recordada en escena.)

(Las luces se apagan.)

Fin

En estos relatos cortos, el lector se reencontrará con Evita, recreada desde las memorias de personajes que han coincidido en su rutina o compartido con ella algún encuentro escueto; de aquellos que han recibido el calor de su sonrisa, o la han descubierto inaccesible en la mirada solemne que empapelaba cada rincón de la Argentina peronista.

El sabor de lo cotidiano se abraza, en estas ficciones, con el vigor y la lucha de la “abanderada de los humildes”, mientras que el rigor histórico de las descripciones no empaña la ternura y lo sobrenatural de este reencuentro tan esperado con quien supo ganarse un lugar indeleble en el corazón de su gente.

Evita resucita en las voces de quienes no suelen ser escuchados por la historia oficial, en una liturgia popular tan profana como sagrada.

El autor incluye, además, el texto de su obra teatral *La Descamisada. Evita y vos frente a frente*, escrita en 2021, y que ha recorrido con gran éxito la Provincia de Buenos Aires durante 2022 y 2023, interpretada por Gimena Cos y bajo la dirección de Noel Nazarena Ponce.

Este libro está dirigido a quienes buscan indagar en la figura de Eva Perón y su época, y sienten pasión por las ficciones históricas relatadas desde la imaginaria popular y las mentalidades, a quienes buscan la justicia social y los relatos que, sin perder la ternura, nos muestran la realidad de un pueblo que aún no ha podido liberarse de las ataduras de los imperios económicos extranjeros.

Homero Bimbo nació, en 1978, en Bahía Blanca, una ciudad del sur argentino, cercada por la ferocidad del océano y la vastedad de la pampa.

Es trabajador de la cultura, conductor de radio y televisión e investigador histórico autodidacta.

Es autor y compositor de música para las infancias y de varias obras de teatro que apuntan a visibilizar la diversidad, llevadas a escena con gran éxito en su localidad y la Provincia de Buenos Aires entre 2017 y 2023.

En 2018, el jurado del Premio Internacional de Literatura Infantil-Juvenil “Leyendas de España”, organizado por Editorial Verbum, seleccionó su cuento “Sueño de almendro” para ser editado en una antología de dicha editorial madrileña.

Ha escrito trabajos de investigación histórica sobre los “cristianismos” de los primeros siglos como movimientos antimperialistas, publicados por la Universidad de Mar del Plata y el Grupo de Investigación y Estudios Medievales (GIEM) (2007) y por Cultura Fusión y el Centro de Estudios e Investigaciones de las Culturas Antigua y Medieval del departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur (2011).

En 2020, comienza a indagar en la figura de Eva Perón para componer un unipersonal, *La Descamisada. Evita y vos frente a frente*, que se estrena al año siguiente y realiza una gira ininterrumpida desde 2022 a 2023.

